

Espacios disidentes en los procesos de ordenación territorial

Xosé M. Santos Solla

Universidade de Santiago de Compostela. Departamento de Xeografía

Campus Universitario s/n. 15702 Santiago de Compostela, Galicia, España

[Metadata, citation and](#)

ments de la UAB

Data de recepció: desembre de 2001

Data d'acceptació definitiva: març de 2002

Resumen

En este artículo se destaca la construcción de disidencias en relación con la producción de espacios de exclusión principalmente en los ámbitos urbanos. En este marco, el estudio discute la producción y uso de espacios urbanos, y en menor medida rurales, por parte de dos grupos significativos: okupas y gays. Ambos hacen de la apropiación de ciertos espacios urbanos una estrategia de *empowerment*. Se resalta la relación que se establece entre lo privado y lo público, así como la importancia de los procesos de gentrificación a la luz de la perspectiva de estos sectores disidentes. Los límites, a veces muy estrechos, que se establecen entre los significados de inclusión, exclusión y disidencia también son destacados, analizándose tanto la relación de estos grupos con el resto de la sociedad como sus propias contradicciones internas.

Palabras clave: disidencia, geografía, gay, okupa, urbano.

Resum. *Espais dissidents en els processos d'ordenació territorial*

En aquest article es destaca la construcció de dissidències en relació amb la producció d'espais d'exclusió principalment en els àmbits urbans. En aquest marc, l'estudi discuteix la producció i ús d'espais urbans, i en menor mesura rurals, per part de dos grups significatius: okupes i gays. Tots dos fan de l'apropiació de certs espais urbans una estratègia d'*empowerment*. S'hi ressaltava la relació que s'estableix entre el privat i el públic, així com la importància dels processos de gentrificació segons la perspectiva d'aquests sectors dissidents. Els límits, a vegades molt estrets, que s'estableixen entre els significats d'inclusió, exclusió i dissidència també són destacats. S'hi analitza tant la relació d'aquests grups amb la resta de la societat com les seves pròpies contradiccions internes.

Paraules clau: dissidència, geografia, gai, okupa, urbà.

Résumé. *Espaces dissidents dans les processus d'aménagement du territoire*

Cet article envisage la construction de dissidences en rapport avec la production d'espaces d'exclusion, notamment en milieu urbain. Dans ce cadre, cette étude vise la production et l'usage d'espaces urbains —et aussi ruraux, mais moins en détail— de la part de deux groupes significatifs: les squatteurs et les gays. Tous les deux font de l'appropriation de certains espaces urbains une stratégie d'autonomisation. D'ailleurs, on souligne le rapport qui s'établit entre ce qui est privé et publique, de même que l'importance des processus de gen-

trificación du point de vue de ces secteurs dissidents. Les limites, parfois très étroites, que l'on fixe entre les significations d'inclusion, exclusion et dissidence sont aussi mis en relief tout en analysant les relations de ces groupes avec le reste de la société aussi bien que leurs propres contradictions internes.

Mots clé: dissidence, géographie, gai, squatteur, urbain.

Abstract. *Dissident spaces in urban and regional planning processes*

The present paper aims to highlight the formation of dissident sectors hand in hand with the creation of exclusive spaces in urban environments. Within this general framework, the paper discusses the creation and use of urban spaces, and to a lesser extent rural ones, on the part of two significant groups: the gay and the squatting movements. Both regard the appropriation of certain city areas as a «strategy of empowerment». It also underlines the relation established between public and private property as well as the importance of the gentrification processes from the viewpoint of these dissident sectors. The sometimes very thin boundaries established between the meanings of inclusion, exclusion and dissidence are also pointed out, and both the relationship of these groups with the rest of society and their own internal contradictions are analysed.

Key words: dissidence, social, gay, squatter, urban.

Sumario

Introducción	Conclusiones
El movimiento okupa	Bibliografía
Disidencias por sexualidad: la homosexualidad	

R.I.P. época de merda

Baños de la Facultad de Xeografía e Historia
(Universidade de Santiago), noviembre de 2001

Introducción

Generalmente la disidencia es un atributo de las personas que sirve para definir a las que se apartan de los caminos ortodoxos o mayoritarios. En la actualidad esa ortodoxia se manifiesta a través de lo que se ha denominado «pensamiento único» que, en palabras de Ramonet, sería la traducción en términos ideológicos con pretensión universal de los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, en particular las del capital internacional (Zitzania, 2000)¹. La vieja disidencia vinculada al binomio dominante capitalismo/comunismo dejó

1. La definición de este concepto, creado por el propio Ramonet, fue tomada del autor en la introducción del libro colectivo *Pensamiento crítico versus pensamiento único*, editado en 1998 por Temas de Debate.

de existir para ser sustituida por otra de raíces puramente económicas, por lo menos en apariencia, ya que en ningún caso se puede desligar del control político. Hoy más que nunca el poder político y el económico van de la mano. Sin embargo, cuando hablamos de disidencias se justifica una carga ideológica² que siempre es un peligro para el sistema. Es por eso que se suelen identificar intencionadamente con la marginación y la exclusión, es decir, con grupos minoritarios que viven fuera de las normas de la sociedad desde posicionamientos destructivos, nunca constructivos.

La asociación que se ha hecho entre disidencia y exclusión permite que se puedan aprovechar desde el punto de vista teórico muchas reflexiones en relación con el espacio. En este sentido, Mitchell (1997), en su estudio sobre los sin techo y las leyes que los *anulan*, nos da algunas claves importantes. Señala este autor la importancia que tiene la imagen de una ciudad para la atracción de capital y de ahí la necesidad de *limpiarla*³ de todo elemento *indeseable*, en este caso a través de la ley como herramienta que *elimina* su presencia de la ciudad⁴: en un mundo donde toda la propiedad es privada, no tener acceso a la misma es simplemente no existir. La regulación del espacio público y de lo que es apropiado hacer o no en el mismo tiende a marginalizar a quien no se adapta a las normas⁵. Concibe el espacio urbano como un escenario en el que las clases propietarias manifiestan la posesión de la tierra y, consecuentemente, su control sobre las relaciones sociales, reforzando la concepción racionalista y burguesa del mundo. Esto nos lleva directamente a Debord⁶, para quien

2. González Placer (1997) señala la necesidad de superar la dicotomía entre izquierdas y derechas para entender a los nuevos movimientos sociales, que se caracterizan por un amplio pluralismo de ideas y valores. La cuestión de identidad es fundamental, puesto que su alteridad se construye sobre la base de la diferencia.
3. La palabra *limpiar* se usa a veces en el sentido literal. Pinder (2000) nos cuenta el caso de París de los años 1950, en donde para la apropiación del espacio urbano por parte de los grupos dominantes fue utilizado con frecuencia un lenguaje higienista como medio para la exclusión social. Por su parte, F. Smith (1998) nos relata experiencias de punks en la antigua República Democrática Alemana que eran detenidos sólo por su apariencia poco estética, en tanto que los neonazis por su presentación ultralimpia no eran molestados; de hecho, estaban más cerca del concepto de orden y disciplina defendido por el Estado. Koskela (2000) señala que la simple apariencia es una razón de exclusión, porque refleja la capacidad de consumo. Breitbart (1998) en relación con los grafitos, nos habla de las campañas de limpieza multimillonarias, pero sólo cuando aparecen «fuera de lugar». Esta idea se podría complementar con lo que ocurre en el casco histórico de Santiago, en donde las pintadas de contenido político «desaparecen» a las pocas horas, precisamente por estar «fuera de lugar».
4. Amendola (2000) nos habla de la ciudad de los sueños, la ideal en la que queremos zambullirnos, frente a la real que, aunque no siempre es visible, está siempre presente y amenazando a aquélla. En sus mismas palabras, una especie de Doctor Jeckyll y Mr. Hyde.
5. Koskela (2000) nos trae un tema de gran actualidad como es el de la videovigilancia, que permite, de manera eficaz, controlar y regular el espacio público, sobre todo en términos económicos y, en consecuencia, sociales, ya que se desplazan hacia los barrios menos centrales los elementos «indeseables».
6. Este autor, con su libro *La sociedad del espectáculo* (1967-2000), fue una de las figuras más significativas de la Internacional Situacionista, movimiento político y artístico creado en 1957 y de gran influencia en los acontecimientos de Mayo de 1968. Desde el punto de

la gente es más una espectadora, un sujeto contemplador pasivo, con unos roles asignados, que un agente activo (Pinder, 2000). Sobre este escenario en el que tiene lugar el espectáculo, los sin techo, los sin propiedad, los sin tierra, etc. son excluidos. Sin embargo, en muchos casos, habría que hablar de disidentes en el sentido de que su situación fuera de las corrientes aceptables de la sociedad es consciente, y forma parte de su estrategia de lucha. Si Meert, Mistiaen y Kesteloot (1997) nos hablan de las estrategias de supervivencia o inclusión en el sistema de grupos excluidos, en este caso, en relación con la vivienda, también se podría hablar de estrategias de exclusión por parte de grupos que, ya no es que no quieran entrar en el sistema, sino que se organizan para cambiarlo, que conciben la ciudad o el campo como un espacio no sólo de dominación, sino sobre todo de contestación y de lucha política, tal como lo entendían muchos situacionistas (Pinder, 2000). Sin embargo, como nos dice Bell (1995) para la disidencia, entrar en la esfera pública es muy difícil y permanecer fuera significa no existir, no tener derechos. Consideramos muy acertada la idea de que «existe el convencimiento moral de que los derechos *de facto* de los ciudadanos, frente a los derechos *de jure*, se reservan a quienes lo merecen o son capaces de disfrutarlos responsablemente» (McDowell, 2000, p. 222), con lo que se convierte en excluyente el concepto de ciudadanía.

Marcar hoy a la disidencia no es una tarea fácil, porque frecuentemente está inmersa en la más absoluta invisibilidad. Volviendo a los años anteriores a 1989, disidente era quien renegaba del modelo político-económico en el que le había tocado vivir. Movimientos revolucionarios como el Mayo francés del 68, el Flower Power o la revuelta de Praga eran gérmenes de disidencia, pero que siempre fueron controlados. Como señala Taylor (1994), uno de los objetivos de la Guerra Fría fue reforzar la cohesión interna de cada uno de los bloques a través de la fidelidad de los aliados. Sin embargo, en la actualidad parece mucho más difícil identificar la disidencia. El capitalismo de democracia amable ha comprado y engullido cualquier oposición al *régimen*: los sindicatos⁷, las mujeres o los homosexuales, entre otros muchos grupos, han entrado a formar parte de la dinámica general de la sociedad occidental. Las disidencias son tratadas como exclusiones y, como tales, son marginalizadas: «fuera del sistema sólo permanece quien quiere». Hoy parece que los derechos de los trabajadores y de las trabajadoras están consolidados y que la igualdad de las mujeres es una realidad, al igual que la aceptación de la homosexualidad o la integración de los inmigrantes. Sólo pequeños fallos causan problemas puntuales, aunque sin afectar al funcionamiento del conjunto. A quien no acepte las reglas del juego se le excluye, se le margina, se le pasa a la disidencia, es decir, a ser enemigo del *régimen* convirtiéndole en invisible. En un mundo dominado por la imagen y la (des)información sólo existe quien es visible ante los demás, y eso está

vista geográfico, nos interesan sobre todo sus críticas al urbanismo y a la ordenación del territorio.

7. Gallin (2001) defiende la necesidad de dotar de nuevo a los sindicatos de contenido político, es decir, regresar a sus orígenes recuperando la capacidad de lucha.

en manos del poder. Aquí se podría importar la idea de Debord (1967-2000) de cómo el espectáculo, la gran herramienta del capital, se va apropiando de todo para su beneficio, incluida la ordenación del territorio. Aunque desde una posición esencialista, no deja de ser interesante la reflexión de una okupa rural llamada Mabel cuando dice «La mayoría de los movimientos que han ido surgiendo han sido asimilados por el sistema precisamente porque están dentro de este margen ideológico que ell@s nos han formulado y que nosotr@s hemos aceptado como revolucionario, pero en el fondo no lo es», es entonces cuando se pasa a ser una persona marginal (Colectividades y Okupación Rural, 1999, p. 116).

Ante esta situación no es fácil identificar la disidencia. Incluso su estudio es, de alguna manera, una puerta para su inclusión en el sistema⁸. Definir a quien está fuera del mismo no es sólo una manera de entenderlo, sino también de interpretarlo, obviamente desde la óptica del sistema, y, consecuentemente, de combatirlo. Phillips (2000) nos da un buen ejemplo de cómo a través de un programa de televisión se acerca a la población un grupo marginado, abriendo un debate sobre los sin techo. Este mismo autor nos dice cómo a través de lecturas se pueden crear o reforzar identidades de grupo, como es por ejemplo el caso de los homosexuales. De cualquier forma, es posible identificar algunas disidencias. El feminismo sigue siendo una de las más evidentes. A pesar de que ciertas reivindicaciones han sido asumidas por el *régimen*, continúa habiendo una importante crítica que pone en entredicho mucha de esa supuesta igualdad⁹. Lo mismo ocurre con los homosexuales, entre quienes se manifiesta, eso sí de manera cada vez más minoritaria, no tanto el reconocimiento de unos derechos como la creación de una nueva sociedad en la que valores tradicionales y *naturales* sean sustituidos por otros. Éstos son solamente dos ejemplos de disidencia que, aunque han sido severamente diezmados en los últimos años por su absorción por parte del sistema, mantienen todavía una importante carga de crítica.

¿Cómo podemos estudiar estas disidencias en relación con el espacio teniendo en cuenta la invisibilidad de muchas de ellas? La tarea resulta interesante. Consideramos que todo proceso social tiene su plasmación espacial¹⁰, y decir esto desde la geografía parece una obviedad. Por ejemplo, las reivindicaciones tendentes a conseguir un cambio en la estructura de la sociedad implican repensar los espacios públicos y privados, y esas reivindicaciones están en la base del

8. Binnie (1997), por ejemplo, muestra una abierta suspicacia sobre la manera cómo el mundo académico en el Reino Unido asimiló los estudios gays y lésbicos. De hecho, recoge una cita de Weeks que es altamente significativa: «Puede ser que realmente nuestro trabajo ya no esté luchando contra la opresión, sino que se haya convertido [...] en parte de la lógica de la dominación [...]» (Binnie, 1997, p. 233).
9. Young (citada por McDowell, 2000) distingue entre el modelo de distribución igualitaria de la justicia y otro basado en la diferencia, que la exalte y la acepte.
10. Como muy bien nos recuerda Mitchell (1995), todo movimiento social necesita un espacio de representación. Al mismo tiempo, el espacio es un elemento fundamental en la construcción de la identidad (McDowell, 2000).

movimiento feminista y del propio de liberación homosexual; del mismo modo, la manera de pensar y vivir la ciudad que tienen muchos grupos disidentes es radicalmente distinto, como tendremos ocasión de comprobar. Señala Massey (1998) que estamos en un constante esfuerzo de territorialización que implica excluir e incluir a personas y grupos en áreas particulares, formando parte de estrategias de protección y defensa de intereses de esos individuos y de esos grupos y expresión de dominio y control.

La plasmación de este trabajo en la disidencia nos llevó a formularnos aquéllas que podrían ser objeto de estudio por nuestra parte. Finalmente hemos seleccionado dos. En primer lugar, nos interesaremos por el movimiento okupa con una hipótesis que lo sitúa claramente del lado disidente. Partimos de esta idea apoyándonos en el supuesto de que representa un *ataque* a la propiedad privada, uno de los pilares básicos del sistema dominante. Otros de los puntos elementales que definen a los okupas, como son la autogestión o las relaciones horizontales, son igualmente significativos de esa oposición al sistema.

En segundo lugar, nos centraremos en las disidencias por sexualidad, fundamentalmente homosexuales, tanto gays como lesbianas. Su lucha contra la forma dominante de heterosexismo y, por tanto, contra el patriarcado¹¹, los sitúa en posición de vanguardia dentro de la disidencia. Sin embargo, y esta es la hipótesis que manejamos, en los últimos años han sido, en buena medida, absorbidos por el sistema. Una cierta tolerancia hacia lo que hasta hace poco era definido como enfermedad¹², perversión o, en todo caso, desviación de las reglas de la naturaleza, ha hecho que muchos gays y lesbianas abracen con gusto ese nuevo estatus social renunciando a muchos de los cambios que en su momento estimularon al movimiento homosexual. Hombres y mujeres homosexuales alcanzan destacados puestos en el mundo de la economía y de la política, al tiempo que se aprueban leyes favoreciendo la igualdad; la visibilidad es llevada a casi todos los campos e incluso los barrios gays son admirados como ejemplos de recuperación urbana. Todo esto ha generado un sentimiento de asimilación¹³ o un proceso de estar en vías de integración que hace que sea complicado mantener la consideración de disidencia. Sin embargo, nosotros trataremos de argumentar que sigue existiendo un significativo componente de disidencia que vale la pena analizar. Como señalan Blunt y Wills (2000), dos de las tareas fundamentales en el estudio sobre la sexualidad son evitar la marginalización y desestabilizar esa *heterosexualidad obligatoria* que se impone como lo natural.

11. Según Routledge y Simons (1995), patriarcado, racismo y homofobia forman parte de la misma cara del poder dominante y que intenta silenciar, prohibir o reprimir la disidencia, siendo intolerante con la diferencia.
12. En 1952 la poderosa American Psychiatric Association clasificó formalmente la homosexualidad como una enfermedad y así permaneció hasta 1973.
13. Evidentemente, asimilacionismo y bienestar económico van de la mano. Young (1997) nos dice que el individualismo liberal promueve y propone el ideal asimilacionista.

En definitiva, tanto el movimiento okupa como el centrado en las sexualidades alternativas forman parte de los nuevos movimientos sociales, más alejados de las reivindicaciones del ámbito productivo que caracterizan a los sindicatos, aunque retomando ideas y estrategias usados por éstos, al menos en otros tiempos, como las manifestaciones *ilegales* o la desobediencia civil como formas de «acción colectiva contenciosa»¹⁴ (Herreros, 2000).

Nos fijaremos, pues, en dos tipos de movimientos que, con una mayor o menor carga de disidencia, forman parte de los nuevos movimientos sociales que han tomado impulso en los últimos años bajo el amplio paraguas de la antiglobalización. La geografía no puede permanecer al margen del debate antiglobalizador que se está empezando a desarrollar. Si, como dice Neil Smith (2000), los grandes eventos de la política izquierdista del siglo XX (descolonización, socialismo, feminismo o ambientalismo) fueron geográficos, ¿cómo no considerar el más importante del siglo recién inaugurado? La autocritica que para la geografía anglosajona se hace en el volumen 32(3) de la revista *Antipode*¹⁵ debería, igualmente, ser asumida por nosotros para no caer en esa fábrica de salchichas que el propio Neil Smith (2000) recoge de Marx y que hace que todos, profesorado o alumnado, formemos parte de esa factoría que produce seres alienados y sin capacidad de reacción o crítica, por más lecturas posmodernas¹⁶ o estructuralistas que hayamos realizado. No se trata ya tanto de la escasa reflexión teórica que caracteriza a la geografía española como del *olvido* de ciertos temas o *historias poco exitosas* (Moulaert, 1996) que desvalorizan nuestro trabajo y nos estigmatizan, pareciendo más propios de las juventudes de la profesión que de las posiciones académicas. Como señalan Routledge y Simons (1995), los espíritus de resistencia son peligrosos para el orden político occidental y son intelectualmente domesticados «mediante la transformación de la poesía de la transgresión en la prosa de la racionalidad» (p. 475), habiendo sido las ciencias sociales una herramienta clave en este proceso de domesticación.

Antes de comenzar con el desarrollo de los temas, me gustaría señalar algunas cuestiones referentes a las fuentes y a la bibliografía consultada. Ésta última

14. Con este nombre se designan las acciones llevadas a cabo por colectivos al margen de la legalidad establecida, como son la insumisión o la desobediencia civil.
15. Ciertamente, éste no es un caso aislado y, de hecho, es relativamente frecuente encontrar en números recientes de revistas anglosajonas autocriticas al papel de la geografía humana. El número 34 (2000) de la revista *Documents d'Anàlisi Geogràfica* está dedicado a las nuevas geografías culturales y constituye uno de los escasos ejemplos que podemos encontrar en alguna de las lenguas peninsulares (aunque la autoría de muchos artículos sea anglosajona) sobre necesidades, retos y carencias de nuestra disciplina, centrándose, en este caso, en ese giro cultural.
16. Tal vez la escasa influencia del posmodernismo en la geografía española ayude a explicar el pobre tratamiento de ciertos temas teniendo en cuenta que «La legitimidad académica de la idealización de la marginalidad [...] nace de la teoría postmoderna, que valora positivamente la conducta proscrita» (Jeffreys, 1996, p. 196) para continuar diciendo que «El postestructuralismo es la "alta" teoría empleada para justificar la transgresión como posibilidad revolucionaria» (p. 197).

en general es bastante abundante y con análisis desde múltiples ópticas. Evidentemente, he procurado acercarme a las lecturas geográficas, fundamentalmente a las anglosajonas, que son las que más y, a mi modo de ver, mejor han producido sobre estas cuestiones hasta el momento; inevitablemente, he tenido que discriminar gran parte de los artículos y libros que han llegado hasta mí, simplemente por falta de tiempo más que por su desinterés. Sin embargo, frente a toda esta descarga intelectual hecha desde publicaciones más o menos académicas, debo reconocer que el trabajo de campo, con numerosas entrevistas, así como revistas o libros generados desde grupos disidentes y con distribuciones alternativas, me han servido para conocer mucho más en profundidad, y sin tanta retórica, el significado, las metas y las inquietudes que muestran estas disidencias. La tan criticada contradicción del uso de Internet por parte de estos grupos también ha sido importante para comprenderlos mejor.

El movimiento okupa

No hace falta decir que estamos ante un movimiento que no es, ni mucho menos, nuevo, aunque la influencia más reciente está en los acontecimientos del Mayo francés de 1968¹⁷. Buceando en la historia en busca de antecedentes, podríamos ir mucho más atrás; de hecho, se considera que el *squatting* británico tiene su precedente en la edad media, cuando había derecho a las okupaciones pacíficas de casas vacías por parte de quien no la tuviese. Hoy constituye una de las disidencias más evidentes y persistentes a pesar de que no atraviesa sus mejores momentos, por lo menos en el Estado español¹⁸. De manera muy escueta, se puede decir que la okupación es una respuesta a la política de vivienda que favorece la especulación, lo que hace imposible su acceso a una parte de la población. En la práctica supone «el paso de la lógica del pedir [...] a la lógica del tomar» (Herrerros, 2000, p. 17), considerando que la okupación en sí misma no es el objetivo final, sino la denuncia de una situación¹⁹. De forma

17. Sobre ello existen bastantes coincidencias, no ya sólo en torno al movimiento okupa, sino también a otras experiencias alternativas. Para Fernández Durán (2001), el Mayo francés de 1968 supuso el desplazamiento del conflicto del espacio de la producción al territorio en su conjunto.

18. Es complicado profundizar, en apenas unas líneas, en el origen del debilitamiento del movimiento. Tal vez habría que hablar de dos etapas recientes. Entre las décadas de 1980 y 1990 en plena crisis de crecimiento del sistema, coincidimos con N. Smith (Papayanis, 2000) en que la *ciudad revanchista* con su desgentrificación, creó un refuerzo de los valores tradicionales de las clases medias. Por el contrario, una vez superada la crisis, el nuevo modelo urbano, con la recuperación del centro de la ciudad, revalorizó estos espacios y expulsó a muchos de sus habitantes.

19. La letra *k* representa la transgresión de la norma que, sin embargo, ha creado una nueva norma (Vivienda, 2001). Nos hemos resistido a la tentación de diferenciar entre okupas y ocupas, o autónomos y espontaneistas (ibídem). Éstos últimos harían referencia a ocupaciones más por necesidad que por ideología. Sin embargo, como se verá más adelante, muchas ocupaciones de «familias» tuvieron un fuerte componente ideológico y gran influencia en el movimiento okupa.

explícita es una crítica al urbanismo dominante y, por tanto, al modelo de ciudad (y de sociedad) en el que habitamos. Hay que considerar que «La crítica urbana ha sido uno de los lugares comunes de buena parte de la crítica al sistema capitalista» (Herreros, 2000, p. 16) y que la influyente Internacional Situacionista²⁰ realizó numerosas críticas a la construcción del espacio urbano (Herreros, 2000), llegando a decir el propio Debord (1967-2000, p. 145) que «El urbanismo es la realización moderna de la tarea ininterrumpida que salvaguarda el poder de clase». Con todo, los ataques van mucho más allá de lo que es simplemente la ciudad como construcción física con sus relaciones económicas y se dirigen también a las sociales y de poder. Debemos tener en cuenta que la vivienda es más que un simple techo o abrigo; en ella tienen lugar otras muchas relaciones que sirven para la reproducción social del sistema y, desde el punto de vista espacial, para la conexión con el lugar. Los mecanismos de mercado son los que en gran medida articulan la vivienda con ese sistema social, y los poderes públicos tienen un papel importante en los procesos de formación y diseño de suelo urbano (Page, 1996). Éste, el diseño urbano, no es aséptico, sino que «responde a los intereses de los sistemas de dominación» (Vivienda, 2001, p. 18). Como nos señala McCann, el diseño de los espacios urbanos evita los encuentros *incómodos* y sirve para mantener las rígidas relaciones de poder existentes.

El movimiento okupa ha de llevar, inevitablemente, a reflexionar sobre el modelo de ciudad y sobre la vivienda como un derecho fundamental. No olvidemos que la okupación es una forma de resistencia con su propio espacio de representación en donde (re)construyen su identidad frente al otro²¹. Anarquistas, autónomos o cualquier otro que sea el movimiento revolucionario que pudo llevar a inspirar la okupación están hoy en crisis, porque entre la juventud existe un creciente «rechazo al encapsulamiento identitario y la negativa a aceptar etiquetas políticas preestablecidas» (Dani, 2000, p. 54). Incluso desde dentro de estos movimientos empieza a haber una crítica al inmovilismo y a la defensa a ultranza de la norma. En este sentido, parece preciso realizar una adaptación ideológica a la nueva situación del mundo que sintonice la teoría con la práctica. Del mismo modo que en su momento Engels critica la teoría supuestamente revolucionaria de Proudhon, autor de influencia en el anarcosindicalismo, de convertir al obrero en propietario (Bernal, 2001).

La disidencia del movimiento okupa se evidencia a través de dos frentes muy nítidos. Por una parte, con el ataque a la propiedad privada, una de las

20. Sobre la Internacional Situacionista se puede consultar Martos, J. (1995). *Histoire de l'Internationale Situationniste*. París: Ivrea. Por su parte, la editorial Literatura Gris ha publicado tres volúmenes en castellano con los artículos aparecidos en la revista *Internationale Situationniste*, bajos los títulos: *Internacional Situacionista*, vol. I y II y *La práctica de la teoría*. Desde una perspectiva más geográfica, creemos interesantes los artículos de Pinder (1996; 2000).

21. Pile (1997) dice que la resistencia es una manera implacable de oposición al poder y hay que entenderla en el contexto en el que tiene lugar más que a través de abstracciones teóricas.

bases sobre las que se sustenta el sistema capitalista; como señala Mitchell (1997), la propiedad es un prerrequisito para ser considerado ciudadano o ciudadana²². Por algunos ejemplos existentes se podría pensar que no es tanto la propiedad privada en sí misma lo que se ataca como el abuso que se hace de ella y que facilita la especulación mediante la obtención de grandes plusvalías por parte de los detentadores del suelo, siempre con la connivencia política. En cualquier caso, es sobre todo un enfrentamiento con el capital y con esas enormes plusvalías que, como ya fue dicho, dificultan, cuando no impiden totalmente, el acceso de muchas personas a un bien tan básico como el de la vivienda, amparado en los países occidentales por sus respectivas cartas magnas.

El segundo frente que nos evidencia de manera clara la disidencia es el relativo a las relaciones sociales y políticas. El enfrentamiento que establecen con el poder se manifiesta sobre todo con las grandes instituciones del sistema. Así, las okupaciones de edificios y locales no afectan a cualquiera que se encuentre vacío, sino que generalmente (además) tienen que estar abandonados; se seleccionan aquéllos de carácter público (municipales, estatales, etc.), de la Iglesia o de alguna promotora inmobiliaria que por alguna razón de fuerza mayor (p. ej. ilegalidad) no se encuentran habitados²³. Por otra parte, desde el punto de vista social es importante destacar elementos fundamentales en la organización interna de las okupaciones en las que se impone la horizontalidad y la autogestión. Esto supone un cambio fundamental respecto a la sociedad del sistema, en la que la verticalidad, la jerarquía, en las relaciones y la dependencia son partes indivisibles. La ruptura con el modelo dominante es, como cabría intuir, muy importante.

Es preciso destacar que las okupaciones no son siempre en demanda de habitación, sino que en algunos casos son únicamente centros sociales okupados (*gaztetxes* en la popularizada terminología euskera) que actúan como lugares de cultura, o de cultura y habitación²⁴ al mismo tiempo²⁵. Esto significa que, al igual que en otros aspectos, acostumbran a ser importantes dinamizadores de la cultura, normalmente entendida de una manera alternativa a las visiones oficiales. Podemos reseñar, por ejemplo, que muchos de estos centros

22. En torno al tema de la ciudadanía y el espacio se puede leer el interesante monográfico de la revista *Political Geography*, 14(2) de 1995.

23. En el *Manual d'okupació* editado por la Asamblea de Okupas de Barcelona se pueden ver los criterios que se aconsejan a la hora de seleccionar la okupación de un inmueble (Asens, 2000). En el libro *Vivienda: Especulación & Okupazioak* (2001), p. 188, se puede encontrar el Manual de Okupación. También el Advisory Service for Squatter (ASS) tiene publicado en Internet y en varios idiomas unos «Apuntes para nuev@s okupas»; se puede consultar en www.squat.freeserve.co.uk

24. Estaríamos hablando de esa cultura autónoma que en versión anglosajona es la DiY (*Do It Yourself Culture*), caracterizada por la ingenuidad, la imaginación y no dependiente de las grandes corrientes culturales (Blunt y Wills, 2000).

25. En la terminología de Bey (Blunt y Wills, 2000) podrían formar parte de las zonas autónomas provisionales (Temporary Autonomous Zones), espacios anarquistas más o menos temporales, a veces efímeros (es el caso de las *raves*), en los que es posible ejercer la transgresión y la libertad.

acogen (aunque también se nutren de ellos) a otros grupos disidentes que usan estos locales de plataforma para sus actuaciones, como los antimilitaristas, de apoyo a los presos/as, de lucha contra el sida, etc. Además de otro tipo de actos culturales, también dan apoyo a iniciativas populares vinculadas con el barrio, como fue el caso de la recuperación de las hogueras de San Juan en el barrio compostelano de Sar, cuya tradición estaba perdida.

Señalábamos antes que no siempre hay una reclamación de la propiedad privada y, de hecho, existen ejemplos en los que el poder político cede mediante algún tipo de acuerdo una casa o un local para vivienda o, sobre todo, para centro social. En Cataluña o en Euskadi encontramos algunos casos interesantes. ¿Significa esto que se está produciendo una asimilación por el sistema? Del mismo modo, la incorporación de ciertos espacios okupados a la mirada turística ¿no podría ser un paso importante en ese mismo sentido? Probablemente, aunque es una duda que de momento no nos atrevemos a profundizar en ella. Sin embargo, nos gustaría dar una vuelta más a estas ideas sobre la base de que la ruptura tan fuerte que produce sobre el sistema lleva a que, más que una asimilación, lo que realmente se busca es su desaparición a través de los mecanismos represores del sistema. Esto se está observando desde el nacimiento mismo del movimiento con los continuos desalojos o, más recientemente en el caso del Estado español, con las reiteradas alusiones a la estrecha colaboración entre okupas y grupos violentos. Los medios de comunicación actúan como correas de transmisión de todos estos mensajes²⁶.

¿Cómo se vincula la okupación con los procesos de ordenación territorial? Indudablemente, existe una relación muy estrecha entre ambos. No debemos olvidar que la okupación urbana puede modificar, acelerar o transformar las políticas de planificación, así como los proyectos y las propuestas de ciudad; además, hay que tener en cuenta que, en la medida en que trastoquen o dificulten cualquier iniciativa inmobiliaria o urbanística, las actuaciones en su contra van a ser más rápidas y contundentes. Evidentemente, habrá grandes diferencias en función del tipo de okupación, puesto que las hay que se limitan a casas aisladas, mientras que en otras ocasiones son barrios o zonas enteras, degradadas o no; igualmente, la reacción varía en función de la organización del movimiento o de la respuesta desde el poder. Podemos poner algunos ejemplos representativos. En Berlín (Vivienda, 2001), la caída del Muro supuso un cambio completo en la ciudad, de tal manera que antiguos barrios marginales, fundamentalmente los más próximos al Muro, algunos okupados, pasaron a tener una nueva centralidad²⁷. Consiguientemente, incrementaron su valor y, por tanto, la presión urbanística sobre ellos y sobre una okupación más

26. En el libro *Okupación, represión y movimientos sociales* (2000) se puede encontrar abundante información sobre el tratamiento que los medios de comunicación hacen del movimiento okupa.

27. Grésillon (2000) estudia el caso de Berlín en relación con los homosexuales explicando la actual localización de estos barrios en función de esa misma lógica. Señala además que, con frecuencia, en las okupaciones participaban muchos gays y lesbianas.

o menos consentida. F. Smith (1998) señala cómo en Alemania el cambio de sistema supuso transformaciones radicales en la concepción de las ciudades; en concreto, se refiere al barrio okupado de Connewitz, en Leipzig, que fue designada área de renovación urbana y en donde la Administración local consideraba como inaceptable un uso del suelo no capitalista; al contrario, deseaba que la nueva planificación urbana fuese implementada correctamente. En Copenhague, Christiania o Free Town es tal vez el caso más admirado de todo el movimiento *squatter* europeo y, tal vez, mundial. La okupación de las barracas del ejército, abandonadas en 1970 y localizadas en pleno centro de la ciudad, dio lugar a la creación y organización de un espacio singular que se ha mantenido a lo largo de los años a pesar de los constantes intentos de desalojo, convirtiéndose en un punto de referencia indispensable. Incluso hoy forma parte de los itinerarios turísticos de esta capital nórdica. En Holanda las guías oficiales de turismo reconocen la opción okupa (Vivienda, 2001) y el movimiento está bastante extendido en varias ciudades, principalmente en Amsterdam. En esta urbe se consiguieron importantes logros, especialmente en Nieuwmarkt (Girson), en el centro de la ciudad, donde en la década de 1970 pararon el proyecto de ampliación del metro que suponía el derribo de numerosas casas y la futura construcción de un área de negocios. Italia es otro magnífico ejemplo de okupación, aunque en este caso, igual que en Portugal, tuvieron mucha importancia las okupaciones ligadas a los movimientos obreros efectuadas muchas veces no tanto en barrios degradados como en nuevas promociones urbanas en clara protesta contra la especulación y el problema de la vivienda²⁸.

En España la okupación urbana nunca fue muy importante, tal vez por el destacado peso que tuvo y tiene la propiedad privada, por las especiales condiciones políticas de la década de 1970 y, sobre todo, por la existencia de una acción muy agresiva contra todo lo que suponga una violación de esa propiedad. Girson señala que en los años de la transición Ferrol era el centro de la okupación española. Sin duda se estaba refiriendo a las viviendas sociales del barrio de Caranza que, ante los problemas y la demora en su entrega, fueron okupadas en el verano de 1977 por casi quinientas familias²⁹. Sin embargo, Euskadi es el territorio del Estado pionero y más activo, si bien alcanza igualmente cierta importancia en Cataluña y está presente en otras comunidades autónomas. Pero, a diferencia de lo que aconteció en otros países europeos, el movimiento okupa en el Estado español fue bastante frágil y con actuaciones espacialmente aisladas, lo que alimentó aún más esa debilidad. Por eso es posi-

28. Para profundizar en el tema de la okupación se puede leer «Squatting, the real story», una obra de referencia indispensable parcialmente disponible en Internet: www.squat.freeseer.ve.co.uk/story

29. Para más información sobre este conflicto, se puede leer la obra de Clemente (1984) sobre Ferrol. Este autor, además, actualiza la bibliografía sobre el problema de la vivienda y los *squatters* que se editó en los años 1970, incluyendo artículos aparecidos en revistas geográficas españolas.

ble decir que las repercusiones sobre la ordenación territorial han sido, en general, mínimas, constituyendo todo lo más un factor de retardo de actuaciones sin impedir la especulación que normalmente acompaña al desalojo y la puesta en marcha de proyectos inmobiliarios más que urbanísticos. Como ejemplo de esa fragmentación espacial está el hecho de que la mayor parte de las asambleas de coordinación aglutinan a casas y no a zonas urbanas.

Como comentamos antes, el éxito de las okupaciones depende mucho de la organización y composición de los grupos, así como de las respuestas que se den desde el poder. La okupación de una zona más o menos amplia de la ciudad dificulta el desalojo, sobre todo si existe una buena coordinación y organización, tanto interna como externa; esto último se traduce en contactos de apoyo desde otros lugares. Por ejemplo, los okupas de Villa Road en Londres recibieron en 1977 una buena ayuda económica desde Nieuwmarkt para montar una campaña contra el desalojo (Girnsón). Este barrio de Amsterdam es un buen ejemplo, igual que lo es el de Christiania con sus propias estrategias defensivas, que incluyen acciones en la calle y en el ámbito de la política o de los tribunales (Girnsón y www.christiania.org) ante amenazas de desalojo (Girnsón); las *radios libres* tuvieron y todavía conservan un papel fundamental en cualquiera de estas estrategias. En otro sentido, en las okupaciones en Italia las fábricas sirvieron de base para la estructuración de la oposición frente a la represión policial. En la actualidad Internet es una herramienta fundamental para las relaciones entre los diferentes grupos de okupas, al igual que lo es para otras disidencias, permitiendo un contacto eficaz y, por lo tanto, respuestas rápidas y coordinadas³⁰.

La composición interna de los grupos de okupas es importante para conocer la intensidad de sus actuaciones. Cuando se trata de inmigrantes extranjeros que por razones económicas o de marginalidad se ven obligados a llevar a cabo este tipo de acciones, su propia fragilidad legal los sitúa en posiciones muy vulnerables, siendo el desalojo mucho más fácil. Si son trabajadores/as del mismo país, la cosa puede ser bien diferente. En estos casos la respuesta puramente policial es más difícil. Aunque es cierto que en la historia de las okupaciones proletarias la componente política, vinculada al anarquismo, a los grupos autónomos o, en todo caso, a fuerzas de la izquierda, ha sido muy importante. Sin embargo, el factor económico suele acabar imponiéndose, teniendo sobre todo en cuenta que los actores suelen ser familias entendidas en el sentido tradicional del término. La acción represiva es mucho más delicada, porque supone atacar precisamente a una institución *sagrada* del capitalismo; por eso se procura buscar una solución negociada que, normalmente, supone *legalizar* la okupación. Cuando la okupación representa una respuesta básicamente política, un ataque al sistema más que una necesidad, es cuando

30. Muchas casas okupadas tienen páginas propias en Internet. Sólo a título orientativo recomendamos alguna de carácter más general: www.squat.freeserve.co.uk, www.sindominio.net o, más particularmente, www.christiania.org, con información de este barrio de Copenhagen.

la reacción puede ser más violenta, siempre en función de la fuerza y la organización de la okupación, de los intereses *atacados* y de los resortes legales del Estado. En cualquier caso, es importante anotar que muchas veces lo que se ha buscado es dividir a las okupaciones entre legales e ilegales (Girson) basándose en los criterios expuestos hace un momento.

Los resortes del Estado son muy importantes a la hora de considerar su actuación en contra de las okupaciones. El derecho a la vivienda aparece privilegiado en muchas legislaciones y eso hace difícil los desalojos una vez que se comprueba que esas viviendas objeto de okupación llevaban vacías y abandonadas un determinado tiempo. Esto sucede, por ejemplo, en Inglaterra, en Gales o en Holanda, en donde incluso el ayuntamiento de Amsterdam publica anualmente una lista de viviendas vacías que, además, no cumplen las normas mínimas de conservación (Vivienda, 2001). Sin embargo, en estados como el español, a pesar de lo que señala la Constitución con respecto al derecho a una vivienda, predomina la defensa de la propiedad privada, especialmente desde la aprobación del Código Penal de 1995, que criminaliza la okupación con la cárcel, convirtiendo la cuestión, de magnitudes insospechadas, de la vivienda vacía y abandonada en un problema de orden que criminaliza a una minoría. Esta fórmula represiva ha servido para que el débil movimiento okupa fuese aún más vulnerable, como así se demuestra en los últimos años. Para el caso español, como aconteció en otros países, a la criminalización penal se le añade otra mediática por la cual se relacionan las okupaciones con la droga, la delincuencia o incluso con el terrorismo, neutralizando así posibles y reales apoyos vecinales entre el resto de la población urbana.

Un tema de vital importancia en las okupaciones urbanas es que el problema de la vivienda es el elemento central de su reivindicación económica y/o política; la apropiación de viviendas abandonadas, muchas veces en muy mal estado de conservación, es el resultado de esa lucha. A partir de ahí se inicia un proceso de construcción horizontal y desde debajo de la ciudad, lo que supone una ruptura con las formas tradicionales de entender las relaciones económicas y sociales. Esto los diferencia muy claramente de otros procesos constructivos de ciudad que parten de una destrucción previa. Por ejemplo, la gentrificación³¹ de zonas de la ciudad normalmente lleva aparejada la expulsión de los antiguos moradores y, muy frecuentemente, se ven implicados activamente agentes inmobiliarios y políticas urbanísticas que perpetúan las desigualdades sociales y los desequilibrios territoriales. Por lo tanto, se puede decir que la okupación se convierte en un acto mucho más generoso y solidario respecto al conjunto de la ciudadanía; tal vez por eso forme parte de la disidencia.

Existen otros espacios de okupación fuera de la ciudad en los que ahora apenas vamos a entrar. La okupación rural genera, en principio, menos presión por el abandono en el que se encuentran estos espacios. De todas mane-

31. La falta de un acuerdo en torno al uso de ciertos anglicismos nos ha llevado a utilizar palabras como *gentrificación* o *globalización*.

ras, la revalorización de muchas de estas áreas por parte del turismo o los intereses madereros o hidroeléctricos provocan también numerosos desajustes en los que la propiedad es, de nuevo, el problema principal. Es interesante observar la crítica que se hace desde la okupación rural vasca (Vivienda, 2001), aunque podría servir para otras comunidades autónomas, de la política de ordenación del territorio en Euskadi, que, fortaleciendo la malla urbana, le atribuye al espacio rural funciones meramente especulativas incorporándolo de pleno al sistema. Como indica J. R. Palacios, un *geógrafo okupa*, en su crítica al modelo territorial de la gran metrópoli, «subvertir el orden territorial [...] es una cuestión de urgente necesidad» (Colectividades y Okupación Rural, 1999, p. 115), en tanto que «el sistema Capitalista no puede funcionar en un territorio equilibrado» (Colectividades y Okupación Rural, 1999, p. 134). Las políticas rurales que se muestran incapaces de mantener o de atraer a población se decantan por nuevas funcionalidades recreativas o falsamente conservacionistas en las que la okupación y rehabilitación de aldeas o pueblos es vista, curiosamente, más como una molestia que como una iniciativa positiva de recuperación; esto es así por la carga crítica que llevan consigo, por su modelo anticapitalista, que supone, entre otras cosas, reivindicar el valor de uso frente al de cambio (Colectividades y Okupación rural, 1999). Por otra parte, aunque la organización interna de estas comunidades se sigue basando en la autogestión, la práctica colectivista y las relaciones horizontales, la crítica al sistema se suele manifestar de forma aislacionista³², con tendencias más o menos acentuadas a la auto-exclusión, que a veces es buscada y otras está condicionada por el propio entorno. Esto no quiere decir, por supuesto, que se vacíe de una carga ideológica que, igual que con la urbana, está presente en sus actos, ni que desaparezcan los contactos o las colaboraciones con los movimientos urbanos, con los que con frecuencia se coordinan actuando en íntima relación, incluso abogando por la superación del binomio rural-urbano. Por otra parte, hay que considerar que la okupación rural también tiene antecedentes muy importantes y que en la actualidad en algunos países es incluso un movimiento de masas: los *Sem Terra* de Brasil son un ejemplo paradigmático, pero también en la historia reciente de España y de otros países europeos³³ se pueden encontrar okupaciones que, con más o menos éxito, afectaron sobre todo a los grandes latifundios del sur del continente y supusieron muchas veces novedosas experiencias de gestión y cooperación³⁴.

32. Young (1997) nos dice que una de las estrategias para evitar la asimilación es el separatismo como forma de supervivencia. Esta autora propone superar tanto el asimilacionismo como el separatismo a través de una política que trate la diferencia no como oposición, sino como variación y especificidad.

33. En el Reino Unido destaca la campaña *The Land is Ours*, iniciada a principios de 1995, con alguna ocupación significativa y ligada a la cultura DiY y a la crítica del actual modelo urbano (Blunt y Wills, 2000).

34. Para más información sobre el movimiento de okupación rural, se puede consultar el libro *Colectividades y Okupación Rural* (1999) y la parte IV del libro *Vivienda, Especulación & Okupazioak* (2001).

Finalmente, la okupación periurbana, que se puede sintetizar en el significativo grupo madrileño «Bajo el asfalto está la huerta» (BAH)³⁵, ofrece una perspectiva muy interesante y novedosa. Como los movimientos urbanos, centran sus críticas en la especulación y el abandono, pero coinciden con los rurales en la demanda de una agricultura y unos modos de vida más *naturales*. Sin embargo, se encuentran con una acumulación de todos los problemas que afectan a los otros grupos. La presión inmobiliaria no tiene compasión con sus huertos y la agresividad de estas áreas circundadas por las grandes vías de comunicación, afectadas por enormes proyectos urbanísticos e incluso por la concentración de suelo industrial, aleja cualquier *idealismo* que pudiera tener relación con el mundo rural. De ahí se deriva una organización particular que en el caso de BAH se realiza a través de una cooperativa de producción y de grupos autogestionados de consumo, así como una asamblea para la autogestión de la finca (Dani, 2000).

Disidencias por sexualidad: la homosexualidad

En los últimos años ha surgido una abundante bibliografía, incluso desde el campo de la geografía —básicamente de la anglosajona³⁶—, relacionada con la sexualidad que ha servido para desarrollar un debate teórico absolutamente necesario³⁷. En el mismo se entremezclan la sexualidad, el género, las aportaciones de los enfoques feministas, el posmodernismo o el estructuralismo, entre otras. Nosotros trataremos de profundizar algo en estas interesantes discusiones. Nada mejor para comenzar que citando a McDowell (2000) en su insistencia de que «el espacio y el lugar son sexuados y tienen un carácter de género, y las relaciones de género y la sexualidad están *espacializadas*» (p. 101)³⁸.

35. Este nombre sin duda está directamente inspirado en una de las frases más utilizadas por los situacionistas en sus pintadas parisinas: «Bajo el empedrado está la playa» (Blunt y Wills, 2000).
36. En la geografía española y en el ámbito de las publicaciones ampliamente difundidas en la profesión, sólo hemos podido encontrar un reciente artículo de García Escalona (2000) sobre el barrio de Chueca, en Madrid. Fuera de ahí, donde resulta mucho más difícil bucear, podemos citar un par de artículos escritos por Santos (1996; 1998). De todas formas, a pesar de la mayor riqueza existente en la geografía anglosajona, sigue habiendo muchas reticencias a investigar sobre sexualidad, como de manera reiterada lo han puesto de manifiesto diferentes autores y autoras. Incluso, a veces, se demuestra una oposición evidente a su estudio, como así lo significaron algunas protestas surgidas a raíz de la publicación en 1990 en el boletín de la AAG, *Geographical Magazine*, de un artículo de Knopp titulado «Social Consequences of Homosexuality».
37. Binnie y Valentine (1999) hacen un estado de la cuestión de los estudios gays y lesbianos en la revista *Progress in Human Geography*. Por su parte, Bell y Valentine (1995) coordinan un magnífico libro sobre geografía de las sexualidades. Finalmente, y por citar sólo algunas obras representativas, la publicación multidisciplinaria dirigida por Ingram, Bouthilllette y Retter (1997) nos ofrece numerosos artículos de indudable interés geográfico.
38. Mariño (1999), en su estudio sobre las lesbianas en Santiago de Compostela, nos explica, a través de métodos cualitativos, cómo las lesbianas usan y se mueven por la ciudad. Sus informantes señalan continuamente el hecho de ser mujeres y lesbianas para explicar

Entendemos que es necesario precisar el contenido del mismo concepto de sexualidad, en este caso homosexualidad, para pasar a relacionarlo con el de género. Parece que de una vez por todas hay que superar esa oposición binaria entre homosexualidad y heterosexualidad, igual que la de masculino/femenino. Curiosamente, la homosexualidad es definida, no frente a la heterosexualidad, sino frente a la norma, frente al hombre o mujer *normal*, quitándole toda acepción sexual³⁹. Así, el hombre o la mujer homosexual aparecen como seres que se definen por sus preferencias (en el caso del constructivismo) o por su orientación (siendo esencialistas)⁴⁰ sexual, en todo caso por la heterodoxia (i. e. heterosexuales) de su sexualidad. Los que se ajustan a la ortodoxia (i. e. ortosexuales)⁴¹ pierden toda connotación relacionada con la sexualidad, y el sexo biológico se convierte en género. Uno de los errores más comunes que los heterosexuales repiten cuando tratan de entender culturalmente la homosexualidad es la asimilación a los distintos roles de género. Por ejemplo, en una pareja de lesbianas se categorizan sus comportamientos para definir quien hace de hombre o de mujer y, consecuentemente, quien es pasiva o activo. La famosa sentencia de ser un hombre o una mujer atrapado en un cuerpo o en una mente distinta a la que le correspondería va en esa línea.

Al igual que se hizo desde una parte del feminismo, es importante romper esa oposición binaria y entender que la sexualidad, o incluso el propio sexo biológico, no se puede categorizar o reducir a simples antagonismos. Frente al hombre/mujer, masculino/femenino u homosexual/heterosexual, nos encontramos con personas bisexuales, transexuales o travestidos que evidencian una ruptura con todas esas categorizaciones. Lo que desde la teoría trataron de explicar muchas feministas, abriendo un interesante y fructífero debate, se hizo explícito cuando las disidencias sexuales mostraron su visibilidad. A partir de ese momento ya no podemos negar que la sexualidad y el género muestren dos categorías opuestas y cerradas. Incluso habría que profundizar en la necesidad de eliminar toda categoría de género, puesto que en ella reside el germen de la desigualdad. Jeffreys (1996), desde un posicionamiento radical de feminismo lesbiano, critica con dureza el discurso posmoderno que reduce el género a un mero juego en el que todo el potencial revolucionario es pura *performance*

sus lógicas diarias en la ciudad. Otros muchos trabajos, sobre todo en el ámbito anglosajón, y muy especialmente los de Valentine, nos ofrecen excelentes estudios en este mismo sentido.

39. Blunt y Wills (2000) dicen que la heterosexualidad es considerada tan natural (la «heterosexualidad obligatoria» de Rich) que paradójicamente aparece como asexuada. Es esa naturalidad lo que ha hecho que apenas se le prestase atención, al menos desde la geografía, ya que se daba por supuesto que el espacio era heterosexual. Sin embargo, cada vez se insiste más en la necesidad de estudiar la heterosexualidad en relación con el espacio, cómo aquélla es negociada y construida.
40. El debate constructivismo-esencialismo es uno de los más reiterativos en los estudios gays y lesbianos. La famosa frase «toda mujer puede ser lesbiana» del feminismo lesbiano choca de frente con las posturas más esencialistas de los hombres homosexuales. Estas dos posiciones tienen su reflejo evidente en sus estrategias ante el sistema.
41. Para saber más sobre este juego semántico, se puede consultar a Guasch (2000).

sin que realmente se produzca un ataque contra él; en definitiva, denuncia el retorno al género más que su eliminación.

En cualquier caso, la homosexualidad, así como otras formas de expresar y vivir la sexualidad, se convierte en disidencia al poner en cuestión, por lo menos de entrada, la existencia misma del género y de sus relaciones, y, en consecuencia, algunas de las instituciones sagradas del capitalismo, fundamentalmente el patriarcado. La familia tradicional, que es el ámbito en el que se efectúa la reproducción social⁴², básica para la supervivencia del sistema, se ve amenazada porque se produce un trastoque completo del papel que le corresponde a cada actor, al tiempo que aparecen nuevas figuras que alteran todavía más el panorama previo. Sin embargo, una de las virtualidades del capitalismo ha sido su constante adaptación a los cambios sociales y económicos que se han venido sucediendo a lo largo de los años. Entre estas adaptaciones está la experimentada por el sistema productivo, pero también por la propia sociedad y por el concepto de familia. En este sentido, se puede afirmar que la homosexualidad ha tratado de ser absorbida y reciclada por el sistema, en el cual nació, para dejar de ser una disidencia y un peligro⁴³. A continuación nos detendremos en este tema y su relación con la organización del territorio.

La hipótesis que fue expuesta al inicio de este trabajo señalaba que la homosexualidad ha sido en buena medida absorbida por el sistema, de tal manera que a veces resulta bastante difícil definirla como una disidencia. Sin embargo, también decíamos que en sus bases, en su práctica, mantiene un fuerte desafío a la norma, lo que sigue haciendo que tenga un importante componente disidente, como trataremos de ejemplificar. Siguiendo una lógica argumental, comenzaremos señalando que en la sociedad occidental la homosexualidad pasó de tener una consideración de enfermedad, en el sentido literal de la palabra, con respuestas de exclusión y represión, a otra en la que, en general, se produce una aceptación social, aunque no siempre sin dejar de ser una patología⁴⁴. La lucha organizada del movimiento homosexual, especialmente a partir de la revuelta de Stonewall, Nueva York 1969, fue fundamental para entender esta transición. Éste es un destacado punto de partida, pero tampoco deberíamos olvidar otras luchas anteriores, a menudo anónimas, que fueron igualmente importantes⁴⁵.

42. El hogar es el espacio principal en el que tiene lugar, es el espacio de las relaciones directas (McDowell, 2000), de ahí su importancia y la disidencia explícita de okupas y homosexuales al romper el modelo tradicional de hogar como estructura social.

43. Sólo como un pequeño ejemplo podemos citar la creación de grupos o plataformas en defensa de los homosexuales que existen en el seno de los principales partidos políticos europeos, incluido el Partido Popular español.

44. El persistente esencialismo del discurso gay sin duda favorece esa lectura médica. Al mismo tiempo, esa condición esencial, irremediable, del ser gay empuja a hacer entender la necesidad de la tolerancia.

45. Ciudades como Berlín en las primeras décadas del siglo XX o la propia Nueva York pre-Stonewall tuvieron importantes movimientos homosexuales.

Muchos de los éxitos del movimiento homosexual, particularmente del masculino, se apoyaron en una base territorial que sirvió de plataforma para realizar sus reivindicaciones. Sin duda el ejemplo más claro fue el de San Francisco, estudiado por Castells (1986). En esta ciudad californiana, la concentración y organización de homosexuales en torno al barrio del Castro fue utilizada para fortalecer sus demandas, habiendo conseguido no sólo cambios legislativos, sino también un relativo poder político⁴⁶ que reflejaba también un creciente poder económico. Otros casos analizados en ciudades de los Estados Unidos nos evidencian la importancia que tuvieron ciertos espacios urbanos en el proceso de reconocimiento social de la homosexualidad. Ahora bien, este reconocimiento estuvo muy ligado a su capacidad económica y, en definitiva, política. Como pusieron en evidencia Castells (1986) o Knopp⁴⁷, la creación de estos barrios llevaba consigo una importante remodelación urbana que, en algunos casos, fue estudiada como una auténtica gentrificación⁴⁸. En el caso del Estado español, y salvando las diferencias que hay entre Europa y América, el barrio de Chueca en Madrid podría servir para ejemplificar la transformación que una comunidad gay⁴⁹ efectúa sobre un espacio urbano degradado hasta convertirlo en una zona *habitable*. Paris y Anderson (2001) indican que son los hombres homosexuales los que controlan este proceso, a lo que habría que añadirle ciertas características de clase y, en su caso, de raza. En el ejemplo que estudian estas autoras, en la ciudad de Washington, relacionan la recuperación urbana con el carácter religioso de la comunidad al incorporar valores espirituales como el orden o la limpieza, señalando que esta perspectiva genera tensiones futuras con los residentes afroamericanos de menos recursos. Hodge (2000), desde una perspectiva *queer*⁵⁰, realiza una

46. Grésillon (2000) insiste, de manera que no deja lugar a dudas, que en Berlín los homosexuales representan hoy una fuerza política.
47. Knopp insiste en la búsqueda de una teoría que relacione espacio, lugar y sexualidad. Este autor, sólo o en colaboración, tiene importantes artículos que estudian diferentes casos de renovación urbana promovida e incentivada por gays. En la bibliografía reseñamos algunos de los trabajos que nos parecen más interesantes.
48. Hay que indicar que, como señalan Bell y Valentine, los estudios geográficos sobre sexualidad pasaron de interesarse por la localización y definición de barrios gays a preocuparse más por las políticas de identidad en relación con el uso y la producción de espacio (Blunt y Wills, 2000).
49. De origen occitano, la palabra *gay* suele usarse en la actualidad en relación con un homosexual que se identifica como tal y adopta unas reivindicaciones políticas. Su utilización es bastante flexible, ya que con frecuencia es simplemente sinónima de *homosexual*, pero es preferida por ser más corta, más internacional y estar libre de connotaciones vinculadas con desórdenes médicos. Sin embargo, en España cada vez más parece identificarse exclusivamente con la homosexualidad masculina. Cuando hablamos de barrios gays somos conscientes del recurso a un término androcéntrico, porque, efectivamente, estamos ante espacios básicamente dominados por hombres.
50. En torno a la palabra *queer* ('raro, maricón'), en sí misma agresiva, se articula la denominada Teoría Queer, que rechaza el programa asimilacionista de parte del movimiento gay, incluso el propio concepto de comunidad. En su manifiesto político *Queers Read This* (Nueva York, 1991) se declaran abiertamente antiasimilacionistas y hacen un llamamiento

dura crítica hacia la gentrificación centrándose en el desplazamiento o la expulsión de otros grupos más empobrecidos, introduciendo así la variable «clase», casi siempre ausente en este tipo de análisis. Por su parte, Bondi (1992), aún admitiendo que la gentrificación ofrece un ámbito nuevo para superar los modelos de familia tradicional, reconoce que no afecta a las relaciones de género y, recogiendo una cita de Chapman, indica que todo cambia pero permanece igual.

En relación con el Estado español, parece inevitable, una vez más, referirse al barrio madrileño de Chueca, convertido de un tiempo a esta parte en el auténtico estandarte de la (*r*)*evolución homosexual* de este país. En general somos bastante críticos con la visión que desde la sociología o incluso desde la geografía (García Escalona, 2000) se hace de este espacio, y así lo hemos puesto de manifiesto en otro momento (Santos, 1998). Sin entrar ahora a valorar el significado político de Chueca como «otro efecto capitalidad» (García Escalona, 2000, p. 449) frente al debilitamiento de las periferias⁵¹, o el marcado carácter comercial incluso de los eventos políticos (Santos, 1998), no podemos dejar de pasar por alto el tema de la renovación urbana. Cuando García Escalona señala cómo se transformó esta zona desde un espacio peligroso y degradado a otro abierto y gentrificado, creemos que está obviando algunos elementos importantes. A pesar de decir que los otros ocupantes (i. e. los no homosexuales) están contentos con el cambio, no hay que olvidar, y ella misma así lo reconoce, que se produce una revalorización del suelo, un proceso especulativo de consecuencias evidentes sobre la población con menos recursos allí asentada. Los ejemplos que esta autora pone del edificio Libertad, promoción de lujo orientada al mercado gay, o el apelativo de *calle de oro* para la calle Pelayo, no nos parecen los mejores para hablar de ciudad y justicia social. Del mismo modo, en esa concepción de zona abierta casi habría que invertir el sentido, sin olvidar tampoco que los actos de violencia homófoba siguen existiendo y, como muy bien indica, el entorno Chueca figura entre las áreas criminógenas emergentes⁵² de Madrid. En definitiva, esa ciudad con-

a las armas «para la autodefensa *queer* contra la brutalidad del mundo hétero» (Hodge, 2000, p. 368). Por otra parte, trata de aglutinar a otras disidencias sexuales, incluidos heterosexuales, y postula una política de acción directa, agresiva y radical. Llamas (1998) la traduce, en base a la etimología latina, como Teoría Torcida y señala que lo importante no es definir lo que se es, sino localizar en qué posición marginal de resistencia al régimen se está. Sin embargo, como ya fue dicho, autoras como Jeffreys (1996) reniegan de esta palabra, porque muchas de las prácticas abarcadas «están vinculadas con el fetichismo de género y con el dominio y la sumisión» (p. 200).

51. Este efecto capitalidad creemos que no tiene demasiado que ver con la emigración selectiva de homosexuales, que hace que se concentren en las grandes ciudades. Grésillon (2000) reproduce unos datos que apuntan que cerca de las tres cuartas partes de los homosexuales de Alemania residen en núcleos de más de medio millón de habitantes.
52. El incremento de la homofobia, con violencia desde el exterior, a medida que se crea y se asienta un barrio gay, ya fue puesto en evidencia en otros ejemplos, como en Montreal (Remigi, 1998).

tenta y esa comunidad satisfecha, como Llamas y Vidarte (2000) definen a Chueca, no es más que un espejismo⁵³.

Nos encontramos ante auténticos guetos o espacios de liberación en los que una comunidad, bien a través de un uso residencial, bien social, bien mixto⁵⁴, se cohesionan, se desarrollan y se identifican frente a los otros. En su estudio sobre jóvenes hispanos en un barrio de San Antonio-Texas, Bauder (2001) nos da algunas pistas de cómo funciona un gueto. Señala este autor que su identidad «étnica» (en nuestro caso en torno a la sexualidad) se define en relación con los que viven fuera del barrio. Del mismo modo, ciertas *marcas de identificación* (por ejemplo la manera de vestir) que a menudo sirven para mostrar exteriormente la pertenencia a una comunidad⁵⁵, son las mismas que al cambiar de escala de representación van a servir para excluirlo. Es por eso que escapar de la marginalidad⁵⁶ supone no sólo cambiar de escala, sino también renunciar a esas etiquetas identificativas, que en el caso de gays y lesbianas implica *hacerse pasar* por heterosexual. Ésta es una de las principales críticas que se hace a los barrios gays, su escasa capacidad de disidencia al actuar como islas que permiten en paralelo un cambio de escala y de representación. Aliaga y Cortés (1997) nos dicen que el gueto sirve para marcar una frontera entre la vida pública y la privada, que es aquella que se desarrolla en el gueto⁵⁷. De aceptar esto, creemos efectivamente que el barrio no es más que un gueto en el sentido que le da George (1985), el refugio de cualquier grupo minoritario. Al contrario, y sin negar todos los elementos positivos del barrio, el ámbito público, que es el de la confrontación, debería ser el de la disidencia y de la resistencia⁵⁸. El gueto, al ser una forma de segregación, impide que *personas diferentes* se muevan o crucen fronteras por los vecindarios *normales* evitando sentimientos de ansiedad, nerviosismo o temor (Sibley, 1995)⁵⁹. Del mismo modo, el barrio se cierra socialmente a los otros, con lo que tiene un papel

53. Estos dos autores, aunque consideran el barrio como un laboratorio de nuevas libertades, realizan también una sarcástica pero dura crítica hacia el mismo: entienden que se están reproduciendo unas normas de representación asimilables a una sociedad heterosexual.
54. Desde la sociología, el gueto no se define sólo espacialmente, sino también en cuanto a redes sociales (Guasch, 1995).
55. Asumimos la definición de comunidad que nos da McDowell (2000, p. 151): «red fluida de relaciones sociales que puede estar ligada o no a un territorio».
56. Nótese que hablamos de marginalidad, no de disidencia.
57. Esta idea nos parece contradictoria con la que desarrollan más adelante en relación con el hecho que «El gueto se constituye como uno de los elementos estructurantes básicos de la identidad y la visibilidad gay» (Aliaga y Cortés, 1997, p. 188). Evidentemente, si forma parte del ámbito privado, la visibilidad no parece una de las características más definitorias del mismo.
58. Del mismo modo que McDowell (2000) se expresa sobre los espacios exclusivamente femeninos, nosotros también dudamos sobre si estos barrios efectivamente contribuyen a fortalecer a los homosexuales o si, por el contrario, los atrapan en el gueto bajo la idea de la necesidad de protección.
59. En sentido inverso, McDowell (2000) recapitula investigaciones que señalan «el sentimiento de marginalidad que experimentan gays y lesbianas en los espacios considerados "normales"» (p. 96).

importante la creación de estereotipos⁶⁰ que ayuda a configurar unos espacios a menudo negativos basados, precisamente, en los elementos de exclusión (Sibley, 1995). Con todo, es necesario y justo atribuir a los barrios gays un importante papel en la creación de una identidad propia, que va más allá de un estilo de vida, así como su influencia en el reconocimiento social de la existencia de sexualidades diferentes⁶¹. Como señala Myslik (1996), para individuos gays, alienados y sin poder alguno, sólo el hecho de reclamar un territorio tiene un enorme significado emocional.

Como toda comunidad, el barrio tiene una clara tendencia hacia la homogeneización que se va a manifestar en unos perfiles dominados por hombres de clase media. En general, las lesbianas son bastante críticas con los barrios gays porque insisten que en ellos se perpetúan las desigualdades de género, consolidándose valores tradicionales como el patriarcado⁶². Brickell (2000) indica que con frecuencia los discursos de la homosexualidad son cómplices en la reproducción del heterosexismo. Por otra parte, la revalorización urbana que acostumbra a acompañar la recuperación de espacios urbanos excluye a los homosexuales más pobres, incapaces de salir de su propia pobreza y con problemas muy graves de intolerancia en su entorno social. Esa intolerancia, pero de clase (y también de raza en muchos países), se traslada frecuentemente a los barrios gays, que, como en el caso de las mujeres, repiten los esquemas dominantes del sistema. La famosa imagen del homosexual como un varón económicamente bien situado deriva en buena medida de los estereotipos salidos de los barrios gays americanos⁶³.

Esta situación inevitablemente lleva a su inclusión, vía mercado, en el sistema. Como señala Kirby (1995), el espacio no es heterosexual (y por tanto tampoco homosexual) sino capitalista⁶⁴, y si está creado en esos términos de sexualidad es con el propósito de obtener un retorno de capital. La ordenación del territorio es un instrumento en este sentido⁶⁵; Pile (1997), por ejem-

60. Amendola (2000) nos habla de un manual de autodefensa personal, de amplia difusión en Estados Unidos, en el que se describen, incluso gráficamente, las tipologías de personas potencialmente peligrosas y a las que habría que negar el acceso al vecindario.

61. Como señalamos antes, el paralelismo entre la creación de barrios gays y el aumento de la violencia homófoba es un síntoma de la molestia que generan estos espacios al sistema.

62. Las diferentes lecturas espaciales de gays y lesbianas son muy abundantes, desde el trabajo de Castells hasta otros más recientes, como los efectuados por Valentine. Una autora como Jeffeys (1996) critica, por ejemplo, la aproximación que muchas lesbianas hacen al mundo gay perpetuando así su opresión, e incluso niega que el concepto *queer* sea incluyente, como así lo creen quienes defienden su uso.

63. En Gluckman y Reed (1997) se pueden encontrar diferentes artículos en torno al tema de la homosexualidad y la economía, con capítulos en los que se muestra tanto la contradicción entre disidencia y asimilación como el falso mito del gay de clase media.

64. Evidentemente, ésta es una perspectiva más, porque desde el punto de vista de la sexualidad, como recoge Binnie (1997) de otros muchos autores, el espacio es activamente producido y (hetero)sexualizado.

65. Nos parece muy indicativo el título del libro de Reguera (1993) *Territorio ordenado, territorio dominado*.

plo, define la planificación urbana como una de las tecnologías espaciales de dominación, que tiene que estar continuamente tratando de resolver problemas, entre ellos los de inclusión, exclusión, vigilancia y posición. Los homosexuales (algunos) se convierten en objetivo prioritario de consumo apoyados en un supuesto mayor nivel de ingresos y de gastos; la inexistencia de cargas familiares, la preferencia por viajar fuera de temporada alta o su papel de vanguardias de la moda o la música, los convierte en clientes altamente deseados. Una hojeada a algunas revistas gays evidencia hasta qué punto están implicadas algunas grandes transnacionales. Esta inclusión económica en el sistema implica ciertos comportamientos sociales que suponen *normalidad*: el matrimonio gay, cada vez más presente en las legislaciones de los países occidentales, *normaliza* las relaciones e institucionaliza el concepto de fidelidad; la apariencia física *masculina* restablece el orden en las relaciones de género; y las *mari-amigas* devuelven al hombre gay su necesario contacto con la mujer heterosexual⁶⁶. Sin embargo, es bueno recordar que el reconocimiento y la celebración de la diferencia no es suficiente para prevenir la marginalización y las prácticas de exclusión, sino que muchas veces es sólo otra forma de apropiación (Binnie, 1997).

Esta adaptación al sistema tiene unas repercusiones claras sobre el movimiento homosexual. Como ya hemos dicho, supone un reforzamiento de las desigualdades de género, de clase y de raza. En este sentido, por ejemplo, los gays y las lesbianas con *pluma* son discriminados⁶⁷, del mismo modo que lo son las travestidos o las transexuales. Las lesbianas, por su parte, quedan fuera de la nueva cosmovisión de la homosexualidad (Gimeno, 2000). Más allá del rechazo que, con frecuencia, muestran ante esta nueva situación del gay «libre, feliz y orgulloso», muchas de ellas son madres, por lo que tienen que soportar cargas familiares que se añaden a su condición de mujer y lesbiana, desembocando en situaciones de auténtica precariedad. Las viejas reivindicaciones relacionadas con una manera distinta de ver el mundo se quedan anticuadas. Las manifestaciones del Orgullo Gay no son más que desfiles en los que se reivindica la *igualdad*, que no es más que una igualdad con el sistema dominante. Por otra parte, la celebración de estos eventos se convierte en una gran oportunidad de negocio, hasta el punto de que en su organización se produce una colaboración activa entre los locales gays, las administraciones públicas y las transnacionales. El dinero *rosa* que se mueve alrededor del negocio inmobiliario, de algunos destinos turísticos, de la moda, de los medios de comunicación o de la movida nocturna, es uno de los grandes mitos que configuran hoy el mundo homosexual. Recogiendo una frase de Jackson (1995), podríamos

66. Aunque no deja de ser algo exagerado, tampoco le falta un poco de razón a Guasch (2000) cuando señala que ser gay, especialmente entre las clases medias, es un signo de distinción.

67. Mott (2000), a propósito del ambiente gay de Salvador de Bahía, nos dice «entre los propios homosexuales hay siempre una fuerte censura y rechazo de estos chicos excesivamente alegres [...] Sobre todo en los últimos años, con la expansión y gran valorización del nuevo modelo primermundista del gay musculado» (p. 42).

decir que al eliminar de la sexualidad todo contexto político o social y limitarla a un *estilo de vida*, estamos aceptando nuevas formas de opresión⁶⁸. Como él, asumimos la necesidad de que «Sin la reclamación de la base social de nuestra sexualidad, aquellos de nosotros que estamos tratando de vivir nuestra vida “contra corriente” de las normas aceptadas de la jerárquica heterosexualidad seremos incapaces de resistir la mercantilización de nuestras actuales ansiedades de género» (Jackson, 1995, p. 108).

Sin embargo, como hemos dicho, la homosexualidad mantiene una gran capacidad de disidencia, incluso la masculina, aun a pesar de los argumentos señalados en los párrafos anteriores. De entrada, podemos decir que es permitida en tanto en cuanto se mantenga en el ámbito de lo privado. Esto significa que muchos espacios públicos ocupados por homosexuales se convierten en privados. Las manifestaciones de afecto o pasión que una persona heterosexual puede mostrar en público, una homosexual las tiene que limitar al ámbito privado, bien al hogar, bien a un espacio cerrado, bien al gueto⁶⁹, que adquiere así una connotación distinta, de espacio privado en el que se pueden exceder las normas sociales⁷⁰. Para Lefebvre el derecho a la ciudad implica el derecho a la diferencia (McCann, 1999); por su parte, Mitchell (1995) argumenta que los espacios públicos, cuando son *tomados* por grupos marginalizados como espacios para la representación, ganan en importancia política⁷¹, convirtiéndose en espacios diferenciales o contraespacios que resisten la homogeneización, por usar terminología de Lefebvre, en los que manifiestan su disidencia. Brickell (2000) va más allá al recoger el argumento de Kirby sobre Freud y sus seguidores, que perciben la psique y la mente como espacios o territorios. Señala, además, que ciertos discursos mediáticos en Nueva Zelanda «sugieren que las lesbianas y los gays amenazan con ir más allá de la ocupación del espacio público para invadir el espacio más privado que existe: la mente heterosexual» (p. 166). Es interesante observar cómo muchos homosexuales rechazan estos barrios porque no permiten su inserción en la sociedad. Consideran que son ámbitos de transgresión lo que impide su deseada asimilación en el sistema. En este sentido, nos parece de gran interés el artículo de Paris y Anderson (2001) sobre un área de la ciudad de Washington en pleno proceso de gentri-

68. Harris (1999) va más lejos al decir, para el caso de los Estados Unidos, que los homosexuales demostraron una capacidad de resistencia a la asimilación muy baja y que, incluso, hubo una especie de invitación a ser asimilados.

69. Como en parte ya hemos visto, tanto en la teoría como en la práctica, los posicionamientos en torno al gueto son muy distintos. Desde quien elabora discursos muy positivos considerándolo como inevitable y necesario, hasta quien lo rechaza en todos sus aspectos. Entre estos dos polos existe una amplia gama de posturas.

70. Brickell (2000), en su estudio de la *Gay Parade* de Auckland, indica que su traslado en 1996 al barrio gay supuso mucho más que un simple cambio de escenario, ya que implicó pasar de un espacio público (la calle principal de la ciudad) a otro privado (el gueto), con lo que eliminó todo elemento de confrontación con la cultura heterosexista.

71. En este sentido habría que recordar que, mientras los espacios ocupados por la gente *normal* son considerados en *esencia naturales*, cuando aparecen las disidencias, los elementos socialmente marcados, esos espacios se construyen como políticos.

ficación y en la que son elementos centrales la sexualidad y la religión; uno de los aspectos que hacen más atractiva esta zona para sus residentes es la escasa presencia de *vida gay*, que marca una diferencia con los barrios homosexuales tradicionales. Como señala uno de los informantes, «nuestra meta principal es no vivir en un gueto gay, y hacer que nuestras vidas no sean exclusivamente gays» (p. 157), insistiendo sus autoras en que «Ellos se adaptan bien al barrio porque se comportan, la mayor parte del tiempo, como sus vecinos héteros» (Paris y Anderson, 2001, p. 158). Para otros, sin embargo, estos barrios son los que impiden la propia transgresión, en la medida en que son islas que evitan el desafío a la norma. Con este último argumento se explica cómo se producen mutaciones de comportamiento al cruzar la línea de estas zonas. Igualmente, se puede justificar un debilitamiento del movimiento reivindicativo. Éste sería el caso de aquellos homosexuales que, incapaces de enfrentarse a su sexualidad en su entorno habitual, emigran hacia las principales concentraciones de gays. De esta manera, la homosexualidad *se mantiene invisible* en muchas áreas o se convierte en una cuestión muy minoritaria, dificultando así la visibilidad de los que quedan.

En muchos sitios de tamaño medio o pequeño, especialmente en Europa, no existen barrios gays, una realidad muy próxima al mundo anglosajón. En su sustitución aparecen espacios de comunicación de características muy diversas. Tradicionalmente, los parques o los baños públicos eran los lugares más frecuentados por hombres gays. En ellos la socialización acostumbra a ser escasa, porque lo que se busca es fundamentalmente el contacto sexual; además, la presencia de prostitución y de hombres casados, supuestamente heterosexuales, que en absoluto aceptan su homosexualidad, limita el contacto social. De todas maneras es importante darles el valor que tuvieron, y que todavía tienen, puesto que en ambientes muy opresores sirven para mucho más que para expresar la sexualidad, contribuyendo a crear códigos y solidaridades que ayudan a formar comunidad. Por otra parte, la práctica de sexo en un espacio público o la demostración igualmente pública, por muy discreta que sea, de la sexualidad, son actos de pura disidencia. La violencia física que con frecuencia se ejerce en los parques contra estas personas demuestra hasta qué punto es molesta para la sociedad. Recordemos que en el mundo occidental el sexo, fuera de la prostitución, es estrictamente privado⁷² y la sexualidad no se demuestra. Las lesbianas aparecen excluidas de estos comportamientos en la medida en que los parques son ámbitos públicos y tradicionalmente a ellas se les atribuye el privado; además la noche es también un tiempo masculino. Por eso las redes de comunicación de las lesbianas fueron mucho menos públicas y por eso mismo todavía menos visibles.

La violencia (física o psíquica) se convierte en uno de los más graves problemas que afectan a estos grupos de población, lo que da un argumento más para entender el *peligro social* que suponen. Ésta es más evidente cuando se

72. Incluso la prostitución está en vías de desaparición en los espacios públicos.

produce una ruptura clara entre género y sexo⁷³, cuando se transgrede esa mimética relación⁷⁴. Es por eso que los considerados afeminados o las transexuales están mucho más expuestas a las agresiones que los gays menos transgresores (Namasté, 1996). La visibilidad y la percepción se convierten en elementos fundamentales, de manera que los ataques se justifican, no en base a la sexualidad, sino al género (Namasté, 1996)⁷⁵. No es extraño que en ocasiones sean agredidos heterosexuales que fueron *confundidos* con homosexuales sólo por ciertos comportamientos y maneras. Esto lleva a un constante intento por disimular esa *disfuncionalidad* entre género y sexo en los espacios públicos. Bell y otros (1994) estudian el caso de gays hipermasculinos y lesbianas hiperfemininas que, con su capacidad de *pasar* por heterosexuales, desafían el esencialismo mismo de esta categoría. Un heterosexual no espera que un *skinhead* pueda ser gay, sin embargo muchos gays sí van a reconocer sus códigos⁷⁶, que forman parte de la misma comunidad. Como señalan los autores del trabajo, el poder de actuar con esta identidad descansa, no sólo en el elemento transgresivo, sino en el poder de crear un espacio del que quedan excluidos los heterosexuales. Evidentemente, la visibilidad es, de nuevo, un elemento fundamental, porque si un heterosexual no es consciente de que un gay o una lesbiana está invadiendo su espacio, no existe la transgresión. De hecho, frente a esa estrategia de *pasar* como un desafío, hay otra, mucho más extendida, que consiste en *pasar* desapercibido o desapercibida.

En muchos sitios, los bares han sustituido a los parques como lugares de encuentro, aunque aquéllos no han desaparecido en absoluto. Los primeros locales, que generaban movimientos pendulares importantes, en ciertos aspectos reproducían el esquema de los parques, pero trasladando los comportamientos a un ámbito más privado, lo que, a su vez, limitaba la presencia de hombres casados y ampliaba la de mujeres. Estos establecimientos nocturnos, básicamente para hombres, eran muy discretos en su localización y en su fachada, con práctica del sexo en los cuartos oscuros. La proliferación en los años 1990 de locales de *ambiente* modificó sustancialmente el panorama. La aparente tolerancia, que vino de la mano de los cambios sociales y del dinero rosa⁷⁷, favoreció la apertura de numerosos negocios. Fuera de aquellas ciudades en

73. Namasté (1996) profundiza bastante sobre el tema de las relaciones entre género, sexualidad y espacio.

74. Bell y otros (1994) indican, por ejemplo, que el vestido es un poderoso elemento de transgresión de género.

75. Esta autora insiste en la necesidad de hablar de violencia de género más que de violencia relacionada con la sexualidad.

76. Guasch (1995) cita una encuesta realizada en los Estados Unidos que revela que un 71% de los homosexuales entrevistados creen que serían capaces de reconocer a otros homosexuales. Este reconocimiento se basaría en tres variables: contexto, apariencia y actitud.

77. Bell (1995) en un interesante artículo titula uno de sus apartados: «I shop therefore I am: from pink spenders to pink citizens?», y nos recuerda, entre otras cosas, la campaña de Harvey Milk en San Francisco en los años 1970 centrada en el «Buy Gay» como un modo efectivo de asegurar representación política.

las que se crearon barrios gays, la distribución de los locales no se aparta, en general, de las reglas de la localización comercial. Siguiendo con los nocturnos, ahora se produce un cambio notable, porque se abren a la calle y no es raro que se mezclen con los destinados a público heterosexual o incluso que la clientela sea diversa: gays, lesbianas o heterosexuales. Esta transformación tiene elementos positivos, como la propia apertura o la mezcla de distintas sexualidades, y además se refuerza la idea de comunidad. Sin embargo, se advierten signos negativos que es necesario destacar. Uno es que ese ambiente de integración es al mismo tiempo muy excluyente: se excluye sobre todo a quien no se ajusta al nuevo prototipo de gay, joven, moderno, etc., aunque es cierto que también los locales de ese estilo para heterosexuales son igualmente excluyentes. Por supuesto, la práctica del sexo también desaparece. En otro orden de cosas, ese refuerzo del sentimiento de comunidad es muy leve, porque a menudo se limita al reconocimiento explícito del hecho homosexual⁷⁸, sin profundizar en los numerosos problemas que existen o sin ofrecer una visión diferente de la sociedad. Digamos que hay una aproximación al mundo heterosexual en tanto que se produce un alejamiento de transexuales, travestidos⁷⁹, gays y lesbianas que no entran, porque no pueden o no quieren, en esa nueva norma. Estamos ante una nueva exclusión basada en los conceptos tradicionales de clase, de edad e incluso de sexo y género. Aparece así una homosexualidad heterosexualizada, muchas veces de fin de semana, que elimina toda carga disidente. Curiosamente, los parques o los viejos locales mantienen una capacidad de disidencia mayor que esos nuevos centros de la homosexualidad.

Seríamos demasiado simplistas si limitásemos el discurso a una homosexualidad que renuncia a la disidencia, asimilada por el sistema. Existe todavía un discurso radical que quiere aprovechar la propia homosexualidad para combatir la sociedad de la ortosexualidad. La presencia de banderas gays en las manifestaciones antiglobalización son una evidencia de esto. Igualmente, las acciones de algunos grupos como L.S.D., la Radical Gay, Queer Nation, Outrage, Las Hermanitas de la Perpetua Indulgencia⁸⁰ o Act Up⁸¹ en su lucha contra el sida son muy significativas. No vamos a entrar en este último tema, solamente un apunte para decir cómo de nuevo la enfermedad es utilizada para excluir, máxime en un primer momento, cuando se creía ligada a la sexuali-

78. La literatura para homosexuales, así como otro tipo de publicaciones, ayuda a reforzar ese tipo de sentimiento de comunidad.

79. Namasté (1996) se refiere a la separación, incluso violencia, entre gays y grupos transgénero, estudiando el caso concreto de Montreal.

80. Este grupo fue creado en San Francisco en 1979 y tiene en la actualidad numerosos conventos en múltiples ciudades de todo el mundo. Su activismo *queer* se desarrolla a través de espectaculares acciones, incluida su propia vestimenta. Para más información, se puede consultar su página: www.thesisters.org/homo.htm

81. Grupo surgido en Nueva York en 1987 para luchar contra las políticas antisida que silencian la enfermedad y culpabilizan a los enfermos y enfermas. Como estrategia de actuación están los *zaps* o acciones sorpresa (Llamas, 1995).

dad más que al sexo⁸². Estos y otros grupos de acción directa⁸³ asociados a disidencias sexuales mantienen una visión y unas estrategias de actuación basadas en la construcción de una nueva sociedad con repercusiones sobre la escena urbana. Como todos los movimientos sociales, utilizan el espacio para conseguir sus objetivos. La visibilidad se convierte en un elemento esencial, siendo la calle⁸⁴ y otros espacios públicos objeto de apropiación, al tiempo que socializan conductas *anormales* a las que se les quita furtivismo, en palabras de Comelles y Muñoz (2000), para la insumisión. Se produce así una redefinición de la ciudad y de los conceptos de público y privado. Aspectos relacionados con el ámbito privado, como el cuerpo o la propia sexualidad, se muestran en espacios públicos significativos transgrediendo la norma. El famoso preservativo que Act Up París le puso al Obelisco de la capital francesa no sólo era una protesta contra la política en relación con el sida, sino que también sirvió para definir en términos de sexualidad (como un símbolo fálico) a la ciudad, algo frecuentemente denunciado desde el feminismo⁸⁵. Para muchos grupos de sexualidades disidentes, una de sus estrategias de subversión más importantes consiste en la apropiación del espacio, una apropiación activa y consciente⁸⁶.

Por supuesto, el sistema también tiene sus métodos de lucha contra estas disidencias. De nuevo, el binomio público-privado es utilizado para definir lo que es o no es correcto. En algunos casos paradójicamente eliminando tales categorías⁸⁷. Bell (1995) lo ejemplifica con la operación *Spanner*, mediante la cual fueron juzgadas varias personas, *pervertidas*, por realizar prácticas homosexuales de carácter sadomasoquista. Ni el consentimiento mutuo, ni la realización de los actos en el ámbito privado sirvieron para evitar una condena justificada en la superación de los límites de la moralidad pública⁸⁸. Es decir, lo

82. Incluso entre los homosexuales varones, con excepciones muy notables, se produce un silencio y una exclusión en torno a la enfermedad.

83. La acción directa que defienden muchos de esos grupos citados debe ser pública y agresiva en sus contenidos, y debe afectar, por ejemplo, al cuerpo y al lenguaje. La recuperación y uso de palabras estigmatizantes como *maricón* o *bollera* va en ese sentido.

84. Fuera de los grupos de acción directa contra el sida o a favor de los derechos de los homosexuales, tal vez el movimiento que ha tenido más repercusión haya sido *Reclaim the Streets*. Nacido en el Reino Unido en la década de 1990 en relación con el ecologismo radical, fue aglutinando otras muchas reivindicaciones, entre ellas la vivienda, que se manifiestan de forma activa, espectacular y festiva, manteniendo siempre la filosofía implícita en su nombre, es decir, la recuperación y apropiación de la calle (i. e. del espacio público) como ámbito de expresión libre. En estos momentos, es uno de los movimientos más originales y activos en la lucha contra la globalización económica. Para más información se puede consultar www.reclaimthestreets.net

85. Ver, por ejemplo, Bondi (1992).

86. Hodge (2000) se queja amargamente de que los ideales y el activismo *queer* sólo permanezcan en un reducido número de personas.

87. McCann (1999) nos recuerda que en los últimos años se han revigorizado las discusiones en torno a lo que significa exactamente «espacio público».

88. El tema de la moralidad afecta también a la heterosexualidad. Hubbard (2000) nos dice que la propia Escuela de Chicago se preocupó por esta cuestión y nos pone algunos ejemplos

que se supone una amenaza al sistema sirve de excusa para alterar ese principio sagrado que divide lo público de lo privado. Curiosamente, los maltratos a las mujeres, al no amenazar al sistema, no son válidos para modificar ese binomio y únicamente cuando pasan al ámbito de lo público a través de la denuncia son susceptibles de ser delito. La violencia que se ejerce en los espacios públicos frecuentados por gays no es sino una defensa que el hombre heterosexual hace de lo público (Namasté, 1996), convirtiendo muchos parques en auténticos espacios del miedo. De todo esto se deriva un cierto debilitamiento del movimiento de las sexualidades disidentes⁸⁹. Incluso en el ámbito del pensamiento y la acción *queer* se puede advertir esto, con la crisis de muchos grupos surgidos a su amparo. Llamas (1998) recoge la idea de Bersani, quien señala que la excesiva atención de la academia, de la teoría, acabó por vaciar la práctica de resistencia, indicando que se han abandonado «los márgenes de la lubricidad sexual para pasar a estar localizada (la comunidad) en el centro del debate epistemológico» (Bersani, en Llamas, 1998, p. 381). Como no podía ser de otra manera, esto nos lleva a un discurso *posqueer*, que, aunque todavía incipiente, es el único que permite resistir a la acomodación que viene presionada desde el sistema con el fin de integrar cualquier posición de disidencia (Llamas, 1998).

Conclusiones

Okupas y sexualidades disidentes son dos realidades mucho más próximas entre sí de lo que a primera vista pudiera parecer. A pesar de las evidentes diferencias entre unas y otras, uno de los puntos de encuentro es esa visión alternativa de la sociedad que les lleva a desarrollar estrategias particulares en relación, por ejemplo, con el espacio y con su uso, elementos centrales en todo movimiento social. Incluso para los gays y las lesbianas más integrados en el sistema existe una lectura distinta de la sociedad que tiene una plasmación territorial diferente. Tal vez el lugar de desencuentro más importante sea que, mientras el movimiento okupa tuvo triunfos locales y grandes derrotas globales, el homosexual tuvo unos resultados exactamente opuestos. Esto quiere decir que, a pesar de que los okupas, de manera puntual y con grandes dificultades, consiguieron asentar proyectos concretos, incluso con apoyo vecinal, el fracaso se manifiesta al cambiar a la escala global, en donde el derecho a la propiedad sigue siendo infinitamente más firme que el derecho a una vivienda digna. Por su parte, el movimiento homosexual ha logrado un

de cómo son marginados ciertos espacios urbanos considerados inmorales. El caso de Barcelona con el desplazamiento de áreas de prostitución hacia barrios «menos visibles» en 1992 estaría en esta línea, que señala que «los espacios urbanos están cargados de valores morales que estimulan y naturalizan la hetero-normalidad» (Hubbard, 2000, p. 206).

89. Guasch (1995) nos cuenta cómo en la transición política española las movilizaciones homosexuales contaban con el apoyo de grupos de izquierda y de movimientos ciudadanos. Del mismo modo que se reivindicaba el derecho a lo femenino y la figura del travestido estaba asociada a la izquierda radical, algo muy alejado de lo que ocurre en la actualidad.

reconocimiento del derecho a expresar su propia sexualidad, plasmado en varios documentos internacionales. Sin embargo, en la escala local la inexistencia de tales derechos es manifiesta en muchos países, no ya del Sur sino también del Norte, empezando por el Estado español. Todavía más grave es que ese reconocimiento se ha hecho a costa de copiar el modelo dominante, dejando en la cuneta a quien no ha querido o no ha podido asimilarse, como transexuales, travestidos o muchos gays y lesbianas⁹⁰. El espacio, sobre todo el urbano, es testigo de estos movimientos sociales, que han contribuido a cambiarla y a (des)organizarla. El salto de escala geográfica se convierte en fundamental para el éxito de cualquiera de los proyectos disidentes (Miller, 2000; Bauder, 2001).

La okupación, así como el pensamiento autónomo y el libertario, forman parte importante del movimiento antiglobalización. Aunque se ha dicho que éste es muy heterogéneo, no podemos dejar de reconocer que es uno de sus pilares fundamentales⁹¹. Principios como la autogestión o el colectivismo suponen un ataque directo a la organización jerárquica de la sociedad en la que la propiedad privada es uno de los derechos más sagrados. La concepción del espacio en su organización territorial, social, cultural o económica es absolutamente opuesta a la establecida, y se convierte en una peligrosa disidencia que lo es todavía más al explicitar su deseo de no integración en el sistema. Los problemas de escala que señalamos más arriba son uno de sus mayores obstáculos para el desarrollo de sus ideas. Como decíamos, los éxitos locales no se han plasmado en un reconocimiento global. Pero tal vez lo más grave sea que las teorías que sustentan sus acciones, digamos globales, frecuentemente han fracasado en su práctica local. Muchas okupaciones se acaban disolviendo, no ya por la acción represora del sistema, sino por una deficiente puesta en práctica de la autogestión o de la colectividad, o simplemente por las numerosas contradicciones que surgen entre la teoría y la práctica. Además, la necesidad de sobrevivir plantea numerosos interrogantes que derivan a veces en la entrada más o menos camuflada en el sistema o, al contrario, en cerrarse sobre sí mismos, convirtiéndose en grupos marginales que renuncian a toda capacidad de cambio. Las redes creadas también son utilizadas por individuos para hacer turismo o incluso barrios okupados pasan a ser objeto de la mirada turística⁹². Finalmente, la okupación se convierte en ocasiones en una «etapa revolucio-

90. Para Cardín (Guasch, 2000), la gay es la única subcultura presente en la aldea-mundo-occidental. Su carácter es global, porque también lo es el de la cultura madre en que se inserta. En consecuencia, para Guasch, la subcultura gay también es sexista, misógina y homófoba. Este autor prevé su fin en relación con las transformaciones que afectan a la cultura madre, la heterosexual, sumida en una profunda crisis.

91. Sin duda estamos cayendo en uno de los errores que se atribuyen a todo intento por explicar los nuevos movimientos sociales y es el de tratar de simplificar y unificar unas acciones colectivas caracterizadas precisamente por su heterogeneidad.

92. Algunos barrios okupas de ciudades europeas aparecen en las guías turísticas. Éste es el caso de Christiania, que, además, durante el verano incrementa notablemente su población en base a un particular segmento de turistas.

na de la vida» de muchos jóvenes que no dan continuidad así a los proyectos iniciados⁹³.

Por su parte, las disidencias por sexualidad muestran también una gran heterogeneidad que hace difícil desarrollar unas conclusiones generales. La gran carga de disidencia que erosionaba desde la posición masculina el significado patriarcal ha sido neutralizado en buena medida. La visibilidad se transforma en asimilación⁹⁴ y los barrios gays son guetos como lo pueden ser otros creados para la *familia tradicional*, para inmigrantes o para minorías étnicas⁹⁵. Pero, mientras en los «guetos heterosexuales de los grupos dominantes» lo público se privatiza a través de la vigilancia⁹⁶ que sirve para mantener fuera a los extraños, en los guetos homosexuales lo privado, la sexualidad, se hace pública, aunque sin perder su condición privada, puesto que la existencia de ese mismo espacio es consentida en la medida en que se mantenga cerrado. De esta manera, la organización de la ciudad sirve para controlar la disidencia; la única manera de superar la exclusión⁹⁷, de sentirse fuera, es asimilándose

93. Esta idea se puede aplicar a otros muchos grupos. Así, por ejemplo, Richard y Kruger (1998), en su estudio sobre el Loveparade de Berlín, señalan que la música tecno y las *raves* asociadas a la misma, aún a pesar de su capacidad de creación al margen del sistema (ver, por ejemplo, Gibson, 1999), reflejan en su forma actual un excesivo consumismo, siendo puro escapismo respecto a las responsabilidades y reglas de la vida diaria. En relación con los okupas, se ha dicho que en muchas ocasiones provienen de las clases medias o altas y sus comportamientos responden, más que a un compromiso ideológico, a una postura de protesta *transitoria*; Jeffreys (1996) dice que «La rebeldía manifestada históricamente por los varones blancos de clase alta no les ha perjudicado. Era un rito de paso» (p. 197). Sin embargo, tampoco podemos despreciar el origen social de los mismos y, de hecho, Ruddick (1998), en su estudio sobre el movimiento punk en Hollywood, dice que la primera oleada, en los años 1970 y asociada al *squatting*, estaba formada, en muchos casos, por gente de clase media o alta, de pensamiento anarquista, desencantada con la sociedad y políticamente activa. Sin embargo, la tercera oleada, proveniente de estrato social más bajo, era mucho más violenta, desideologizada e influenciada por los medios de comunicación.
94. Aliaga y Cortés (1997) se refieren al derecho a la diferencia o a la indiferencia como dos conceptos que significan más o menos lo mismo. En nuestra interpretación sería el derecho a mantener una diferencia, pero que sea asimilable por el sistema para que éste sea indiferente ante unos grupos que han dejado de ser disidentes.
95. McCann (1999), recogiendo ideas de Lefebvre y de Martins, entre otros, nos recuerda que la ciudad es una colección de guetos que mantienen segregada a la población en espacios de tipo funcional y jerárquico. Por su parte, Amendola (2000) nos pone a Los Ángeles y Londres como prototipos de ciudades segmentadas «en parques temáticos, ciudades fortificadas, áreas de sueño y de pesadilla...» (p. 323). Contrariamente, Grésillon (2000) nos dice que Berlín, el centro de la ciudad, no aparece como un espacio segregado, sino de tolerancia y mezcla; sin duda, las especificidades espaciales de la capital germana habrán ayudado a esta otra lectura.
96. Amendola (2000) se refiere a la privatización, vía vigilancia, que se está produciendo en Estados Unidos o en el Reino Unido. Señala, por ejemplo, que la octava parte de los americanos vive en áreas residenciales «blindadas». Cita también el juego para PC llamado Sim-Tower, en el que se establece una relación entre cantidad de vigilancia y nivel de rentas, un simulacro de lo que podría estar ocurriendo en la vida urbana hoy.
97. Obsérvese que estamos manejando errónea aunque deliberadamente las palabras *disidencia* y *exclusión* como sinónimas.

(McCann, 1999). Es la homosexualidad masculina quien mejor se adapta a esta situación al asumir el mensaje esencialista y patriarcal que, con frecuencia, se suma a los de clase y raza. Lesbianas, transexuales, sadomasoquistas u otro tipo de disidencias sexuales normalmente se mantienen fuera de ese discurso, al igual que muchos gays que, rechazando la misma noción de comunidad, desafían abiertamente al sistema.

¿Cuál es el futuro para estas disidencias? Nos atreveríamos a ponerlo en relación con los actuales movimientos antiglobalización. El éxito o el fracaso que tengan en el cambio de escala va a ser fundamental. Cuando las acciones globales que se están llevando a cabo, sobre todo en las grandes cumbres económicas y políticas del sistema, se plasmen en acciones locales, podremos comenzar a hacer valoraciones. La desmovilización general de la sociedad⁹⁸ no favorece las disidencias y las únicas esperanzas de cambio en este sentido las podemos situar bien en la acción local del movimiento antiglobalización, bien en los movimientos disidentes que se producen en los países del Sur. Desde la geografía debemos asumir el reto de contribuir en el avance de estas alternativas. Como muy bien explica Miller (2000), a pesar de lo poco que nuestra disciplina ha dicho hasta ahora, el espacio es un componente fundamental de los movimientos sociales, en este caso de los disidentes, tanto en las estrategias de actuación como en las concepciones de la sociedad, la cultura y la economía.

Bibliografía

- ADLER, S.; BRENNER, J. (1992). «Gender and Space: Lesbians and Gay Men in the City». *International Journal of Urban and Regional Research*, 16, p. 24-34.
- ALIAGA, J.; CORTÉS, J. (1997). *Identidad y diferencia. Sobre la cultura gay en España*. Madrid, Barcelona: Egales.
- AMENDOLA, G. (2000). *La Ciudad Postmoderna*. Madrid: Celeste Ediciones.
- ANÓNIMO (2000). «El falso enfrentamiento Autónomo-Anarquista». *Ekintza*, 27, p. 54-57.
- ASENS, J. (2000). *La criminalización del movimiento okupa*. En VV.AA. *Okupación, represión y movimientos sociales*. Madrid: Diatriba y Proyecto Editorial Traficantes de Sueños, p. 57-78.
- BAUDER, H. (2001). «Agency, place, scale: representations of inner-city youth identities». *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, 92 (3), p. 279-290.
- BELL, D. (1991). «Insignificant others: lesbian and gay geographies». *Area*, 23, p. 323-329.
- (1995). «Pleasure and danger: the paradoxical spaces of sexual citizenship». *Political Geography*, 14 (2), p. 139-153.
- BELL, D.; BINNIE, J.; CREAM, J.; VALENTINE, G. (1994). «All Hyped Up And No Place To Go». *Gender, Place and Culture*, 1 (1), p. 31-47.
- BELL, D.; VALENTINE, G. (1995). *Mapping Desire*. Londres: Routledge.

98. Las movilizaciones en la universidad española contra la LOU iniciadas en noviembre de 2001, particularmente la de los estudiantes compostelanos, abren una vía de esperanza sobre la capacidad de reacción de la juventud ante un sistema cada vez más dominador.

- BERNAL, B. (2001). *Las casas baratas en Burgos*. Burgos: Dosssoles.
- BINNIE, J. (1997). «Coming out of Geography: towards a queer epistemology?». *Environment and Planning D: Society and Space*, 15 (2), p. 223-237.
- BINNIE, J.; VALENTINE, G. (1999). «Geographies of sexuality-a review of progress». *Progress in Human Geography*, 23 (2), p. 175-187.
- BLUNT, A.; WILLS, J. (2000). *Dissident geographies*. Londres: Prentice Hall.
- BONDI, L. (1992). «Gender symbols and urban landscapes». *Progress in Human Geography*, 16 (2), p. 157-170.
- BREITBART, M. (1998). «Dana's Mystical Tunnel». Young people's desings for survival and change in the city». En SKELTON, T.; VALENTINE, G. (eds.). *Cool Places. Geographies of Youth Cultures*. Londres: Routledge, p. 305-327.
- BRICKELL, C. (2000). «Heroes and Invaders: gay and lesbian pride parades and the public/private distinction in New Zealand media accounts». *Gender, Place and Culture*, 7 (2), p. 163-178.
- CASSEN, B.; HOANG-NGOC, L.; IMBERT, P. (coords.) (2001). *Attac contra a ditadura dos mercados*. Santiago: Laiovento.
- CASTELLS, M. (1986). *La ciudad y las masas*. Madrid: Alianza.
- CLEMENTE, E. (1984). *Desarrollo urbano y crisis social en Ferrol*. Salamanca: Colexio Oficial de Arquitectos de Galicia y Universidad de Salamanca.
- COLECTIVIDADES Y OKUPACIÓN RURAL (1999). *II Jornadas Anticapitalistas de la UAM*. Madrid: Proyecto Editorial Traficantes de Sueños.
- COMELLES, P.; MUÑOZ, J. (2000). «La insumisión». En VV.AA. *Okupación, represión y movimientos sociales*. Madrid: Diatriba y Proyecto Editorial Traficantes de Sueños, p. 94-104.
- CROW, D. (1994). «My friends in low places: building identity for place and community». *Environment and Planning D: Society and Space*, 12 (4), p. 403-419.
- DANI (2000). «Okupación de tierras periurbanas». *Ekintza*, 27, p. 62-68.
- DEBORD, G. (1967-2000). *La sociedad del espectáculo*. València: Pre-Textos (1ª reimpresión).
- DEM CZUK, I.; REMIGGI, F. (dirs.) (1998). *Sortir de l'ombre*. Montréal: VLB Éditeur.
- ETTORE, E. (1978). «Women, urban, social movements and the lesbian ghetto». *International Journal of Urban and Regional Research*, 2, p. 499-520.
- FERNÁNDEZ DURÁN, R. (2001). «Capitalismo global, resistencias sociales y estrategias del poder». En FERNÁNDEZ DURÁN, R.; ETXEZARRETA, M.; SÁEZ, M. *Globalización capitalista. Luchas y resistencias*. Barcelona: Virus Editorial, p. 61-217.
- FERNÁNDEZ DURÁN, R.; ETXEZARRETA, M.; SÁEZ, M. (2001). *Globalización capitalista. Luchas y resistencias*. Barcelona: Virus Editorial.
- GALLIN, D. (2001). «Reinventar a política do movimento sindical». En CASSEN, B.; HOANG-NGOC, L.; IMBERT, P. (coords.). *Attac contra a ditadura dos mercados*. Santiago: Laiovento, p. 89-101.
- GARCÍA ESCALONA, E. (2000). «Del armario al barrio»: aproximación a un nuevo espacio urbano». *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 20, p. 437-449.
- GEORGE, P. (1985). *Geopolítica de las minorías*. Barcelona: Oikos Tau.
- GIBSON, C. (1999). «Subversive sites: rave culture, spatial politics and the internet in Sydney, Australia». *Area*, 31 (1), p. 19-33.
- GIMENO, B. (2000). «A marxinação das lésbicas nos grupos gais e no movimento feminista». *Fluxos*, 2, p. 59-70.
- GIRNSON, M. (s. f.). «Everybody's doing it». En *Squatting, the real story*. www.squat.fervee.co.uk/story/ch.20.htm, 12 p.

- GLUCKMAN, A.; REED, B. (eds.) (1997). *Homo-economics. Capitalism, community, and gay life*. Londres: Routledge.
- GONZÁLEZ PLACER, F. (1997). «Identidad, diferencia e indiferencia». En LARROSA, J.; PÉREZ DE LARA, N. (comps.). *Imágenes del otro*. Barcelona: Virus Editorial, p. 119-133.
- GRÉSILLON, B. (2000). «“Faces cachées de l’urbain” ou éléments d’une nouvelle centralité?» *L’Espace Géographique*, 4-2000, p. 301-313.
- GUASCH, O. (1995). *La sociedad rosa*. Barcelona: Anagrama (2ª ed.).
- (2000). *La crisis de la heterosexualidad*. Barcelona: Laertes.
- HALFACREE, K. (1999). «Anarchy doesn’t work unless you think about it”: intellectual interpretation and DiY culture». *Area*, 31 (3), p. 209-220.
- HARRIS, D. (1999). *The rise and fall of gay culture*. Nueva York: Ballantine.
- HERRERO, T. (2000). «El movimiento okupa a finales del siglo XX». En VV.AA. *Okupación, represión y movimientos sociales*. Madrid: Diatriba y Proyecto Editorial Traficantes de Sueños, p. 13-32.
- HIGGS, D. (ed.) (1999). *Queer Sites*. Londres: Routledge.
- HODGE, G. (2000). «Retrenchment from a queer ideal: class privilege and the failure of identity politics in AIDS activism». *Environment and Planning D: Society and Space*, 18 (3), p. 355-376.
- HUBBARD, P. (2000). «Desire/disgust: mapping the moral contours of heterosexuality». *Progress in Human Geography*, 24 (2), p. 191-217.
- INGRAM, G.; BOUTHILLETTE, A.; RETTER, Y. (eds.) (1997). *Queers in Space*. Seattle: Bay Press.
- JACKSON, P. (1989). *Maps of Meaning*. Londres: Unwin Hyman.
- (1995). «Gender trouble –or just shopping?». *Gender, Place and Culture*, 2 (1), p. 107-108.
- JEFFREYS, S. (1996). *La herejía lesbiana*. Madrid: Cátedra.
- KIRBY, A. (1995). «Straight Talk on the PomoHomo Question». *Gender, Place and Culture*, 2 (1), p. 89-95.
- KNOPP, L. (1987). «Social theory, social movements and public policy». *International Journal of Urban and Regional Research*, 11, 243-261.
- (1990a). «Some theoretical implications of gay involvement in an urban land market». *Political Geography*, 9 (4), p. 337-352.
- (1990b). «Exploiting the rent gap: the theoretical significance of using illegal appraisal schemes to encourage gentrification in New Orleans». *Urban Geography*, 11 (1), p. 48-64.
- (1992). «Sexuality and the spatial dynamics of capitalism». *Environment and Planning D: Society and Space*, 10, p. 651-669.
- (1997). «Gentrification and Gay Neighborhood Formation in New Orleans». En GLUCKMAN, A.; REED, B. (eds.). *Homo-economics. Capitalism, community, and gay life*. Londres: Routledge, p. 45-63.
- KOSKELA, H. (2000). «“The gaze without eyes”: video-surveillance and the changing nature of urban space». *Progress in Human Geography*, 24 (2), p. 243-265.
- LARROSA, J.; PÉREZ DE LARA, N. (comps.) (1997). *Imágenes del otro*. Barcelona: Virus Editorial.
- LAURIA, M.; KNOPP, L. (1985). «Toward an analysis of the role of gay communities in the urban renaissance». *Urban Geography*, 6, p. 152-169.
- LLAMAS, R. (1998). *Teoría torcida. Prejuicios y discurso en torno a la homosexualidad*. Madrid: Siglo XXI.
- (comp.) (1995). *Construyendo identidades*. Madrid: Siglo XXI.

- LLAMAS, R.; VIDARTE, F. (2000). *Homografías*. Madrid: Espasa.
- MARIÑO, A. (1999). *Lesbianas em Santiago de Compostela (1976-1995)*. Memoria de licenciatura, inédita. Universidade de Santiago.
- MASSEY, D. (1998). «The spatial construction of youth cultures». En SKELTON, T.; VALENTINE, G. (eds.). *Cool Places. Geographies of Youth Cultures*. Londres: Routledge, p. 121-129.
- MCCANN, E. (1999). «Race, protest, and public space: contextualizing Lefebvre in the U.S. city». *Antipode*, 31 (2), p. 163-184.
- MCDOWELL, L. (2000). *Género, identidad y lugar*. Madrid: Cátedra.
- MEERT, H.; MISTIAEN, P.; KESTELOOT, C. (1997). «The Geography of survival: Household strategies in urban settings». *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, 88 (2), p. 169-181.
- MILLER, B. (2000). *Geography and social movements*. Minneapolis: University of Minnesota Press. [También en comentarios a su libro en la revista *Political Geography*, 20 (2001), 7, p. 925-934.]
- MITCHELL, D. (1995). «The end of public space? People's Park, definitions of the public and democracy». *Annals of the AAG*, 85, p. 108-133.
- (1997). «The annihilation of space by law: the roots and implications of anti-homeless laws in the United States». *Antipode*, 29 (3), p. 303-335.
- MOULAERT, F. (1996). «Rediscovering spatial inequality in Europe: building blocks for an appropriate "regulationist" analytical framework». *Environment and Planning D: Society and Space*, 14 (2), p. 155-179.
- MOTT, L. (2000). *A cena gay de Salvador em tempos de AIDS*. Salvador: Editora Grupo Gay da Bahia.
- MYSLIK, W. (1996). *Renegotiating the social/sexual identities of places*. En DUNCAN, N. (ed.). *Body Space*. Londres: Routledge, p. 156-169.
- NAMASTÉ, K. (1996). «Genderbashing: sexuality, gender, and the regulation of public space». *Environment and Planning D: Society and Space*, 14 (2), p. 221-240.
- PAGE, M. (1996). «Locality, housing production, and the local state». *Environment and Planning D: Society and Space*, 14 (2), p. 181-201.
- PAPAYANIS, M. (2000). «Sex and the revanchist city: zoning out pornography in New York». *Environment and Planning D: Society and Space*, 18 (3), p. 341-353.
- PARIS, J.; ANDERSON, R. (2001). «Faith-based Queer Space in Washington, DC: The Metropolitan Community Church-DC and Mount Vernon Square». *Gender, Place and Culture*, 8 (2), p. 149-168.
- PHILLIPS, R. (2000). «Politics of reading: cultural politics of homelessness». *Antipode*, 32 (4), p. 429-462.
- PILE, S. (1997). «Introduction. Opposition, political identities and spaces of resistance». En PILE, S.; KEITH, M. (eds.). *Geographies of Resistance*. Londres: Routledge, p. 1-32.
- PILE, S.; KEITH, M. (eds.). *Geographies of Resistance*. Londres: Routledge.
- PINDER, D. (1996). «Subverting cartography: the situacionists and maps of the city». *Environment and Planning A*, 28, p. 405-427.
- (2000). «"Old Paris is no more": Geographies of spectacle and anti-spectacle». *Antipode*, 32 (4), p. 357-386.
- REGUERA, A. (1993). *Territorio ordenado, territorio dominado*. León: Universidad de León.
- REMIGGI, F. (1998). «Le village gai de Montréal: entre le ghetto et l'espace identitaire». En DEMCZUK, I.; REMIGGI, F. (dirs.). *Sortir de l'ombre*. Montréal: VLB Éditeur, p. 267-289.

- RICHARD, B.; KRUGER, H. (1998). «Ravers' paradise? German youth cultures in the 1990s». En SKELTON, T.; VALENTINE, G. (eds.). *Cool Places. Geographies of Youth Cultures*. Londres: Routledge, p. 161-174.
- ROUTLEDGE, P.; SIMONS, J. (1995). «Embodying spirits of resistance». *Environment and Planning D: Society and Space*, 13 (4), p. 471-498.
- RUDDICK, S. (1998). «Modernism and Resistance. How "homeless" youth sub-cultures make a difference». En SKELTON, T.; VALENTINE, G. (eds.). *Cool Places. Geographies of Youth Cultures*. Londres: Routledge, p. 342-360.
- SANTOS, X. (1996). «Xénero, comunidades e espacio». En *Humanitas, Estudios en Homenaxe ó Prof. Dr. Carlos Alonso del Real*. Santiago: Universidade de Santiago, p. 743-762 (vol. 2).
- (1998). «O espacio da homosexualidade en Galicia». *Fluxos*, 1, p. 23-34.
- SIBLEY, D. (1995). *Geographies of exclusion*. Londres: Routledge.
- SMITH, F. (1998). «Between east and west. Sites of resistance in east German youth cultures». En SKELTON, T.; VALENTINE, G. (eds.). *Cool Places. Geographies of Youth Cultures*. Londres: Routledge, p. 289-304.
- SMITH, N. (2000). «Who rules this sausage factory?». *Antipode*, 32 (3), p. 330-339.
- TAYLOR, P. (1994). *Geografía Política*. Madrid: Trama.
- VALENTINE, G. (1995). «Out and About: Geographies of Lesbian Landscapes». *International Journal of Urban and Regional Research*, 19 (1), p. 97-111.
- (1997). «(Hetero)Sexing Space: Lesbian Perceptions and Experiences of Everyday Spaces». En MCDOWELL, L.; SHARP, J. (eds.). *Space, Gender, Knowledge. Feminist Reading*. Londres: Arnold, p. 284-317.
- Vivienda: Especulación & Okupazioak* (2001). Bilbao: Likiniano Elkarte y Donostialdeko Okupazio Batzarra.
- VV.AA. (2000). *Okupación, represión y movimientos sociales*. Madrid: Diatriba y Proyecto Editorial Traficantes de Sueños.
- WINCHESTER, H.; WHITE, P. (1988). «The location of marginalised groups in the inner city». *Environment and Planning D: Society and Space*, 6, p. 37-54.
- YOUNG, I. (1997). «Together in Difference: Transforming the Logic of Group Political Conflict». En MCDOWELL, L. (ed.). *Undoing Place?* Londres: Routledge, p. 332-342.
- ZITZANIA. COLECTIVO DE CONTRAINFORMACIÓN (2000). «La contrainformación, una alternativa a los medios de comunicación de masas». En VV.AA. *Okupación, represión y movimientos sociales*. Madrid: Diatriba y Proyecto Editorial Traficantes de Sueños, p. 126-134.